



El cuarteto de Marrakech
Alberto Ciáurriz



Lectulandia

Una habitación de hotel en Marrakech y una cabaña aislada en el monte Atlas son los escenarios en los que el cuarteto protagonista de esta novela desatará sus pasiones carnales que quedarán grabadas a fuego para siempre en la memoria de Mohammed, Adid, Paco y Juan Carlos. Cada uno por su cuenta nos recordarán esos días de excesos sexuales que vivieron durante un tórrido verano en Marrakech.

Lectulandia

Alberto Ciáurriz

El cuarteto de Marrakech

ePub r1.0

Polifemo7 06.03.14

Título original: *El cuarteto de Marrakech*

Alberto Cíaurriz, 2000

Editor digital: Polifemo7

Colaborador: Fil0gelos

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

MOHAMMED

Cómo ha cambiado todo. Y, sobre todo, cómo he cambiado yo mismo. Han pasado más de diez años desde entonces, y casi no me reconozco en el recuerdo. Soy otra persona, me contemplo a mí mismo desde muy lejos... Tengo que hacer un esfuerzo mental para reconocerme en aquel muchachito tan tímido y tan cerrado al mundo, a un mundo que ya sabía inmenso, duro y prometedor, pero que me causaba un pavor imposible de dominar. Por eso me refugiaba en lo poco que poseía, y no me iba mal; en realidad, era muy rico, en cierto sentido. A riesgo de parecer un cursi, he de decir que siempre he poseído mucho mundo interior. Hasta tengo un amigo que se empeña en atribuirme poderes psíquicos cuasi milagrosos... Tonterías. Pero comencemos el relato:

Verano de 1990. Aquella mañana bajamos a la playa Adid y yo, como hacíamos a diario en las largas vacaciones. Era un día como tantos otros, nada hacía prever el cambio que iba a dar mi vida en unas pocas horas y, sin embargo, conservo nítidas en la memoria las imágenes de aquellas precisas horas.

En la parte del arenal más cercana al pueblo estaban varadas algunas barcas de pesca con lepra en la pintura, y junto a ellas había gente del lugar, vecinos nuestros —todos hombres— tumbada al sol, hablando, sesteando; algunos nos saludaron al pasar, sobre todo a Adid, que era mucho más popular que yo.

Sorteamos un partido de fútbol entre dos equipos de más de veinte jugadores cada uno. Correteaban por la arena niños chicos desnudos mientras algunos ancianos miraban y miraban fijamente desde la profundidad de sus chilabas informes, esos viejos trapos recosidos que llevan encima desde siempre y de los que no se desprenden jamás, ni para dormir.

Más allá, evitando el contacto con la gente sencilla, varios europeos jóvenes, atléticos, con tablas de surf, observaban atentos el horizonte, por donde navegaba, muy lejos, la vela poco más que un puntito de color, algún compañero que se había dejado llevar por el viento más de la cuenta. Un par de chicas pálidas en bikini se habían internado en el agua hasta las rodillas, y reían a carcajadas mientras se salpicaban mutuamente. Las vigilaba a prudente distancia una cohorte de mirones locales que no se perdían un solo movimiento de sus inalcanzables cuerpos, un gesto de sus brazos, de sus rostros en libertad. Adid gritó de pasada una grosería en inglés, que ellas no pudieron oír, aunque sí alguno de sus admiradores, que estalló en una carcajada de complicidad con mi amigo.

A no mucha distancia de la orilla diminutas velas triangulares corrían sobre las olas entrecruzándose a gran velocidad, virando bruscamente, interrumpiendo a veces por un momento sus carreras enloquecidas para venirse abajo en una mala maniobra y quedar aplastadas sobre el agua como polillas imprudentes. La fuerte brisa fresca del

verano se imponía por unas horas al eterno alisio. Y al reventar las olas incansables, enormes, ordenadas, del gran océano que nos separa de América imponían con su redoble de tambor un ritmo implacable a nuestra marcha, a nuestra conversación, a nuestra vida. En esta parte del arenal, ya despoblado, Adid y yo nos sabíamos tanto más unidos cuanto que formábamos parte de una unidad mayor, con el océano, la arena, el cielo y el Sol. Y cuanto más nos separábamos del resto de la humanidad, cuanto más avanzábamos por la orilla desierta, más libres nos sentíamos, y más dueños el uno del otro.

Adid estrenaba hoy bañador. Su amigo de los últimos días, antes de irse, le había dejado uno de los suyos, de largas perneras estampadas con dibujitos playeros: estrellas de mar, peces, una ballenita sonriente. Le venía un poco grande, pero el suave tejido ceñía sus riñones prestando a sus andares elásticos un aire peculiar y resaltando un encanto que yo reconocía como único desde que, siendo niños pequeños, lograba siempre sentarme junto a él en las clases de la madrasa. Aquellos poderosos glúteos, que se tensaban y distendían al ritmo de sus largos pasos felinos, eran sin duda, como el color de su piel, herencia de algún antepasado nacido al otro lado del Sahara y conducido hasta aquí por los navegantes portugueses, o quizá por las caravanas que cruzaban el desierto con sus cargamentos de oro y esclavos.

Con el paso de los años el encanto de Adid había llegado a ser obsesivo para mí, y mi amigo se apoderó por completo de mi voluntad desde la primera vez en que, con infinita timidez los dos, conseguí gozar de él plenamente.

Adid y yo habíamos llegado a formar una estrecha asociación, una pareja que nuestras familias respetaban. Ningún otro muchacho de la localidad había conseguido acceder a las becas de hauts études, que a nosotros nos fueron concedidas; nuestros padres estaban tan orgullosos de ello que sólo se les podía ocurrir que vendrían venturas de aquella estrecha amistad apasionada entre los dos «genios» del Barrio de los Corsarios. Se daba por supuesto, en el pueblo, que éramos futuros hijos preclaros de la localidad. Eramos un poco raros, sobre todo yo; pero nos aceptaban como raros «por encima»: al igual que a los antiguos morabitos, que tenían costumbres extravagantes, pero a los que el pueblo veneraba porque eran hombres santos, estaban cerca de Dios y hacían milagros, o porque poseían el don de la palabra, a nosotros, en cierta manera, nos dejaban en paz y admitían nuestras rarezas, una de las cuales era nuestra amistad particular. Y es que todos pensaban que de nuestra capacidad de estudio se habían de derivar beneficios para los que nos rodeaban. Y ninguno osaba molestarnos, no fuera a interrumpir el camino de la prosperidad común.

Adid se enroló a los dieciséis años en la Academia de Aviación Militar, que sólo estaba abierta para quienes aunaran gran capacidad matemática y buen estado físico. El riesgo le atraía; era un hombre de acción, impulsivo y conecedor de su fuerza animal. Se veía a sí mismo ametrallando desde el aire nidos de polisarios en el

desierto, luchando incluso contra los temidos aviadores israelíes, y disfrutaba con la película fantástica que proyectaba en su mente. Yo, por el contrario, le imaginaba estrellándose contra la arena, ardiendo en un mar de fuego; y sufría. Nunca he tenido capacidad de entusiasmo por los hechos bélicos. No soy un hombre de acción.

Por mi parte, yo tenía poco donde escoger: puesto que no quería ser piloto de aviones, ya que me aterraba la vida militar, sólo tenía un camino si quería aprovechar la beca: estudiar física y ciencias exactas, hacer los cursos preparatorios para dar después el gran salto: Francia. Las bolsas de estudios para Francia eran escasas, y casi todas se concedían bajo cuerda a hijos de políticos y personajes poderosos. Eran gentes con fortuna bastante para sufragar a sus vástagos estudios en el extranjero, pero ambicionaban esas becas, y eran capaces de comprarlas por más dinero del que proporcionaban, sólo por presumir de descendencia genial. Yo no tenía una familia adinerada ni influyente, pero me sentía con fuerzas para vencer las dificultades de aquella carrera desigual, y estaba a punto de conseguirlo. Mi capacidad para el razonamiento matemático era —y sigue siendo, no tengo por qué ocultarlo con falsa modestia— sencillamente extraordinaria.

Pero mi vida no era fácil. Mi ayuda para seguir los estudios del preparatorio en la capital de la provincia apenas me permitía otra cosa que permanecer durante meses encerrado en una estrecha habitación de la ciudad universitaria, leyendo y memorizando sin tregua, preparándome escuetas cenas en un hornillo de alcohol una noche sí y otra no, según hubiera sido de abundante el rancho de los comedores universitarios, a mediodía. Los días festivos, si algún acontecimiento familiar no me obligaba a acudir al pueblo, me quedaba en la ciudad, paseando por las calles, aburrido, sin aceptar de los amigos ni una calada de hachís por miedo a tener la cabeza revuelta al día siguiente. Mis estudios eran demasiado importantes, el nivel que se me exigía muy alto; un simple descuido o una pequeña enfermedad podían bastar para truncar mi carrera. Algunas vísperas de fiesta Adid, de permiso, abandonaba la academia militar y venía a dormir conmigo, haciendo para ello largos kilómetros en autobús. Esa noche me compensaba de semanas enteras de esfuerzo y trabajo sin tregua.

El verano era nuestro paraíso. Libres de obligaciones, Adid y yo, durante casi tres meses, soñábamos, contemplábamos el mar, nos apartábamos tras las rocas o trepábamos hasta las quebradas más difíciles del acantilado, y allí encendíamos un cigarrillo de kifi, tomábamos el sol, nos queríamos bajo su ardor, solos, felices frente al horizonte siempre azul. Luego, nadábamos hasta la extenuación; dormíamos, nos acariciábamos y volvíamos a amarnos. Y así hasta el infinito.

Había un momento sagrado que yo buscaba en especial, un capricho quizá, pero que me satisfacía como ninguna otra cosa de las que hacíamos a lo largo del día. Me gustaba sentir a Adid dentro de mí mientras contemplaba la puesta del sol. Adid se

mantenía calmado en mi interior mientras el astro se introducía en el mar, y cuando el último punto de la esfera luminosa desaparecía, alguna vez sucedido por el misterioso rayo verde, redoblaba su ímpetu y se derramaba en mí. Mi cuerpo respondía inmediatamente, agradecido, imitándole y vaciándose también, sumido en la rara atmósfera del anochecer. Por un instante nuestras individualidades desaparecían desbordadas por una inundación de belleza que lo diluía todo en su seno. Por un instante.

Sólo bien entrada la noche nos dábamos una tregua para volver a nuestros hogares, donde nos esperaban la comida y el lecho compartido con los hermanos.

Nunca se me había ocurrido pensar que en mi horizonte pudiera haber otro amor que Adid, ni que su deseo pudiera recaer en alguien distinto de mí. Sin embargo, al comenzar este año el período de vacaciones, noté en mi amigo un interés nuevo por los que nos rodeaban. Escudriñaba sin disimulo en torno, buscando con la mirada pálidos europeos de los que arribaban, como gaviotas extraviadas, a nuestro arenal perdido. Comenzaban, como todos los veranos, a llegar turistas. Entre ellos destacaban las estrepitosas locas, que solían llegar en parejas o grupos, pocas veces solas. Fumaban grandes cantidades de hachís, bebían sin parar cerveza, gritaban, gesticulaban, se exhibían y se volvían cada vez más escandalosas en su continua borrachera. En mi pueblo se las miraba con desprecio distante, pero algunos muchachos buscaban con ahínco su bolsa repleta. Era un tema prohibido en la conversación; pero de vez en cuando algún vecino de mi edad, incluso alguno de mis hermanos mayores, aparecía con una camisa nueva, unos cuantos paquetes de tabaco, un poco de dinero en el bolsillo. Todo el mundo suponía de dónde había salido aquella repentina riqueza, pero nadie preguntaba. Y, si alguna vez surgía la pregunta indiscreta, la explicación oficial era que mi amigo, mi vecino, mi hermano mayor había ligado con «una francesa» o «una americana», que, además de abrirles las puertas de sus femeninos encantos, le había dejado un recuerdo, un pequeño regalo en compensación por sus servicios viriles.

Adid me confesó, provocando mi estupor, que él también se había sumado a la corte de ligones, en la ciudad en cuya academia militar estudiaba. La paga era muy escasa, y sus propios compañeros de milicia le habían indicado cuál era la mejor manera de aumentarla. Comenzó con miedo, y con un poco de asco. Enseguida se dio cuenta de lo fácil que era todo. Aquellos europeos querían que se les tratara como a mujeres, sin miramiento alguno. Y eso era lo que hacía. Pedía descaradamente; pedía, y conseguía casi todo. Fumaba tabaco gratis, bebía a veces whisky y cerveza, montaba en soberbios automóviles de matrícula francesa o española, que hasta le dejaban conducir un rato que otro; en algún rincón escondido cumplía rápidamente con su función fecundadora —es un decir— y aquellas personas le recompensaban religiosamente antes de perderse en el vestíbulo lujoso del hotel, de acceso prohibido

para mi amigo. Todo era fisiológico, práctico, funcional. Un trabajo realizado con precisión, con efectividad. Y ni un recuerdo, ni una palabra de más, una vez concluido. Antes, había que iniciar la aproximación repitiendo frases manidas en dos o tres idiomas, insistir, sonreír, hablar de sentimientos, de amistad eterna, mostrar el bulto crecido entre las piernas. Después, un pequeño esfuerzo entre jadeos, la recompensa estipulada y el apresurado adiós.

Adid percibió mi disgusto. Me dijo, una y otra vez, que todos aquellos culos blancos de comedores de cerdo no significaban para él más que un trabajo, una forma fácil de ganar dinero, de darse caprichos imposibles de satisfacer de otro modo. Me aseguró que despreciaba a los europeos con los que se juntaba. Los aborrecía. Yo le decía que sí, que le comprendía; pero no era verdad. Me sentía cada vez más incómodo, y él lo veía claramente en mi cara, en mi actitud.

Pasé varios días enfurruñado, luchando sin éxito contra mis propios sentimientos, diciéndome una y otra vez que Adid tenía razón. Aquellos contactos con europeos no eran sino una forma menor de prostituirse. Por añadidura, ambos, él y yo, nos estábamos vendiendo en cuerpo y alma por una bolsa de estudios miserable; por aquellos pocos dirhams nos manteníamos todo el invierno lejos el uno del otro y desgastábamos nuestra juventud sobre los libros, llenándonos trabajosamente el cerebro de saberes en su mayor parte inútiles, salvo para eso: para conseguir en el futuro un buen empleo, un puesto de trabajo fijo. Al fin: dinero, cigarrillos, ropa, comida, automóviles. Esposa e hijos, quizá. Eso era lo que pretendíamos lograr con la venta de nuestras vidas enteras a cambio de aquella bolsa de estudios. Prostitución, en definitiva. Adid había encontrado la manera de conseguir fácilmente un pequeño adelanto, un préstamo de todas aquellas cosas que le aguardaban cuando completara su carrera. Eso era todo.

Comprendí perfectamente las razones de mi amigo. Pero mi malestar no disminuía. Tanto más cuanto que en los últimos días Adid se había ausentado varias tardes seguidas, dejándome en un terrible desamparo frente al anochecer. El sol se hundía en el mar, se iba en busca de América, y yo quedaba solo, llorando mi infortunio en la oscuridad creciente.

Este día crucial que diez años después estoy recordando con esfuerzo acudió Adid a mi encuentro con aquel bañador nuevo, que remarcaba tan oportunamente la curva de sus riñones, tan sagrada para mí. Y me dijo, para tranquilizarme, que era un regalo de despedida. Aquel trabajo había finalizado. Luego, obsequioso, sugirió que acudiéramos a mi lugar favorito, lo que llamábamos desde hacía varios años «nuestro nido en la roca».

Y así acabamos, esa mañana, como tantas veces, recostados muy juntos en un hueco del acantilado, a buena altura sobre la estrecha franja de arena que se descubría con la marea baja al pie de la pared vertical de piedra. Acariciaba a Adid el pecho

poderoso, y él lanzaba pequeños gruñidos de satisfacción, que yo sabía premonitorios de un fogoso asalto. En esto, por la orilla arenosa aparecieron dos europeos en traje de baño, de piel poco curtida, cargados de enormes bolsas de playa. Eran dos hombres, ni jóvenes ni viejos. Siempre me había costado trabajo averiguar la edad de un europeo: a mis ojos tendían a parecer mucho más jóvenes de lo que eran, porque no se desgastaban en labores penosas, se ponían mil cremas en la piel y cuidaban su físico con mimo. Estos me parecían a mí como de veinticinco años, pero Adid, mejor conocedor del género, me dijo que probablemente tendrían treinta y cinco bien llevados.

Estábamos casi ocultos en el hueco de la roca, y evidentemente no nos habían visto. Creyéndose solos en el arrenal se quitaron los trajes de baño y se tumbaron desnudos sobre sus grandes toallas playeras. Comenté en voz baja con Adid que me gustaba mucho el dibujo de la toalla de uno de ellos.

—Pues, si quieres, estoy seguro de que la puedo conseguir para ti.

—No, de esa manera, no —protesté impulsivamente.

—Qué tonto eres. Si es tan fácil... Te lo follas como a una puta, y luego le dices que te gusta la toalla. Te la regala encantado, y además te invita a un par de cervezas. Conozco bien a esos españoles, lo que menos les cuesta es invitarte a beber alcohol.

Adid me estaba dejando asombrado con su saber. Seguramente había practicado el oficio más de lo que yo suponía, en la ciudad cuartelera de su destierro. Por las posturas, andares y figura de los recién llegados había llegado a deducir que eran españoles, nada menos. Yo no hubiera sido capaz de distinguir a aquellos dos turistas de una pareja de franceses o de italianos. Nórdicos no eran, desde luego. Eran morenos, y de estatura no muy alta.

—Mira, el que está sobre la toalla que te gusta es la mujercita. Tiene el culo más suelto. El otro, en cambio, el que lleva barba, es el macho. No hay más que ver los gestos que pone. Y enseña la polla con tanto orgullo como el otro el culo —me instruyó Adid.

Pasó el tiempo. Adid me abrazó, hicimos el amor en nuestro escondite. Yo me daba cuenta de que, de vez en cuando, miraba de reojo a nuestros vecinos. Codiciosamente, me imaginaba yo. Yo también lo hacía, pero con temor. Los dos turistas debieron quedarse dormidos sobre sus toallas. No se dieron cuenta de que subía la marea hasta que el agua les rodeó. El de la barba se incorporó de repente, se hizo cargo de la situación y advirtió al otro. Se pusieron los bañadores, recogieron con rapidez los trastos y los introdujeron en las grandes bolsas de baño, pero, cargados de esa manera, era imposible que pudieran escapar en seco de la mar, que seguía subiendo, besando ya el acantilado.

Fue entonces cuando Adid se puso en pie y prorrumpió en gritos, indicándoles con el brazo el comienzo del estrecho sendero que trepaba por la pared, llegaba al

huevo donde él y yo nos hallábamos y proseguía hasta coronar el acantilado y alcanzar el llano superior.

Trabajosamente, trabados con sus bolsos, treparon torpes por el sendero, hasta llegar junto a nosotros. Nos dieron las gracias en un francés horrible. Efectivamente, debían ser españoles. Yo esperaba que siguieran su ascensión hasta llegar a lo alto, pero, para mi inquietud, Adid les invitó a sentarse en nuestra compañía, en el estrecho nido que ocupábamos en la roca. Ellos intercambiaron una mirada de inteligencia. Y se recostaron también en nuestro refugio. Quedamos los cuatro en cuclillas, rodilla contra rodilla.

—¿Un poco de coca-cola? —preguntó en francés el dueño de la toalla que me gustaba. Y, sin esperar respuesta, sacó de su bolsón una neverita de plástico de tamaño justo para la botella de dos litros que surgió de su interior.

Adid agarró con estilo la botella que le tendían, y bebió un largo trago sin respirar. Al alzar el recipiente en el aire aprovechó para tensar todos los músculos de torso y brazo. Parecía un modelo posando para una fotografía. Luego me la ofreció a mí. Estaba helada, y no pude pasar mucho líquido por la garganta. Se la cedí al de la barba, que la aceptó sonriéndome feliz. Se notaba que había fumado hachís, y todavía le quedaba bastante de aquella sustancia en la sangre.

—Gracias por vuestra ayuda —comenzó a hablar el que no tenía barba en su francés reventado, ayudándose de grandes gestos—. Qué sitio más bonito. ¿Sois de aquí, de este pueblo?

Los dos asentimos al mismo tiempo. Pero yo quedé después mudo, sin saber qué añadir, mientras que Adid comenzó a hablar, con soltura, acentuando el academicismo de su francés casi perfecto:

—Sí. Estamos de vacaciones, porque somos estudiantes. Vosotros también, ¿verdad?

—Nosotros también estamos de vacaciones, pero no somos estudiantes, claro —respondió el español, con una risita.

—Ah, yo creía... Como sois tan jóvenes...

Enrojecí ante la desfachatez de Adid. Pensé que los españoles se tomarían a mal la broma. Sin embargo, comprendí inmediatamente, por la expresión del que hablaba con Adid, que tragaba la exageración sin titubeos. Tendría treinta y cinco años, muy bien llevados, desde luego, pero estaba dispuesto a admitir, contra todo sentido común, que Adid le creía de veinte.

—Hemos llegado al pueblo esta misma mañana. Es precioso. La playa es estupenda, aunque el agua está algo fría. Me recuerda a Portugal. No hemos tomado alojamiento todavía. ¿Hay algún hotel que esté bien?

—Sí, el de los surfistas. Pero estará lleno. Estamos en plena temporada. Quizá en alguna casa particular alquilen habitaciones —me decidí a intervenir en la

conversación.

El español hizo un ligero ademán de rechazo. Estaba claro que le repugnaba alquilar una estancia en una casa particular, compartir el mismo techo con unos sucios moros, pensé. Pero qué a gusto estaría dispuesto a compartir la cama, sin embargo... —seguí pensando, con un poco de rencor.

—¿Tenéis automóvil? —preguntó Adid.

Le respondieron afirmativamente.

—Es que... —y, dirigiéndose a mí, descaradamente, en nuestro idioma:

—Me parece que voy a alquilarles la casita de tu tía. Nos vamos a sacar una propina. Ya verás. La tiene aún vacía, ¿verdad?

—Pero todavía no tiene agua. Sólo el pozo. Y éstos querrán ducharse veinte veces al día —contesté, en nuestro idioma también.

—¡Bah, tragarán con lo típico, con el folklore! Que hagan ejercicio, que saquen el agua a cubos. Que trabajen.

Los dos españoles parecían un poco mosqueados con nuestra conversación. Así que me apresuré a decir, en francés:

—Es que una tía mía tiene una casa vacía. Pero no tiene agua...

—No tiene agua del pueblo, que es muy mala y tiene mucho cloro —me interrumpió Adid—. Pero tiene un pozo, con un agua fresca y limpia, estupenda, que se puede beber, toda la que queráis, y gratis. Y tiene electricidad. Está aislada, no te espía nadie. Es estupenda. Está en medio de un bosque. Y, con coche, se llega al pueblo y a la playa en un minuto. Seguro que la alquila barata, muy barata. Vamos a verla.

Los dos españoles se miraron el uno al otro, sorprendidos de la oferta y claramente indecisos. Pero Adid estaba lanzado, parecía un vendedor de alfombras:

—Vamos enseguida, vamos a verla. ¿Tenéis el coche cerca?

Nos pusimos en marcha. El automóvil debía ser nuevo, pero tenía una capa de polvo considerable, que le daba mal aspecto. Estaba aparcado al sol, al comienzo del camino, donde éste se confundía con el arrenal. El español de la barba, después de abrir las puertas y ventilar el interior candente, se introdujo en él y lo puso en marcha. Tuvimos que empujar un poco para conseguir sacar las ruedas de la arena, pero en seguida estuvimos a bordo, rodando hacia el pueblo. Para mí, hallarme en el interior de un automóvil particular era todo un acontecimiento. Adid se desenvolvía, sin embargo, con perfecta naturalidad; parecía acostumbrado a montar en un vehículo privado. Indicó al conductor el camino hasta que llegamos a la puerta de mi tía, en el barrio de Pescadores. Me hizo entrar en su casa. Informé a mi tía del caso, y le pregunté cuánto querría por el alquiler. Me pareció caro, tantos dinares por sólo una semana. Pero me dejó la gran llave antigua, para poder mostrar la casita, diciéndome que si los extranjeros querían sábanas o cazuelas se lo hiciera saber.

Cuando salí de casa de mi tía me encaminé, como habíamos acordado, al café de mi barrio, el de los Corsarios. Allí me aguardaban, tomando un té con hierbabuena en la terraza, Adid y los dos extranjeros. Sobre la mesa, un té aún caliente me esperaba a mí también. Por supuesto, Adid se había hecho invitar, pero se estaba dando aires como si fuera él el que estaba invitando. Los vasos eran más finos que otras veces, el cristal tenía complicados dibujos en oro. Pensé que el dueño del café también se disponía a ordeñar en lo posible la bolsa de los recién llegados. Noté expectación en los ojos de los vecinos que pasaban, como por casualidad, por la calle, frente a nosotros. Estaba claro que éramos el espectáculo del barrio.

Dije el precio de la casa a Adid en nuestro idioma. Me respondió, sin hacer ningún gesto delator:

—Tu tía es una ladrona.

Y, a continuación, dijo en francés una cifra en dinares exactamente el doble de la que había propuesto mi tía. Los españoles no parecieron escandalizados por el precio, pero tampoco se mostraron deseosos de alquilar la casita; ni siquiera la habían visto.

Pero Adid, haciéndonos acabar con prisa el té ardiente, que nos quemaba los labios, nos puso a todos en marcha, obligándonos a entrar de nuevo en el coche. Dio órdenes otra vez al conductor, haciéndole recorrer el estrecho y sombreado caminito del río —río que sólo lleva agua en lo más profundo del invierno, los años muy lluviosos— hasta llegar a la casita que alquilaba mi tía de vez en cuando a turistas pobretones. Yo la conocía ya perfectamente, y era muy poca cosa: dos cuartos cúbicos de adobe encalado, de techo alto, bastante frescos porque sombreaba la azotea un enorme eucalipto plantado en los tiempos del Protectorado. Una de las habitaciones, con una chimenea en un rincón y varias esterillas y cojines en el rincón opuesto, hacía de cocina, comedor y cuarto de estar; la otra, circundada por una tarima de obra, era el dormitorio: cinco o seis colchones de gomaespuma estaban distribuidos sobre la tarima. Había también un viejo armario de madera vacío y una estantería de obra en la que se apilaban, ordenadas, varias alfombras, esterillas y sábanas. El suelo había sido de tierra batida, pero mi tía lo había hecho cubrir de cemento cuando remozó la casita para dedicarla al alquiler a turistas.

—¿Y el baño? —preguntó uno de los españoles.

Adid les hizo salir al exterior, y les indicó la frágil construcción de madera. Dentro de ella, la taza turca conectada directamente con el pozo negro, por fortuna bastante limpia; una pila de lavabo con muchas cicatrices y la vieja alcachofa de la ducha.

—Pero no hay agua —objetó el español de la barba, después de dar vuelta infructuosamente a la vieja llave de fontanero.

—Hay un depósito en el tejado —dije— pero ahora está vacío. El pozo está aquí al lado, detrás de la casa.

—Vamos a llenarlo ahora mismo —propuso animadamente Adid—. Es muy divertido. Se hace ejercicio, es muy sano.

Tomó el cubo de hierro estañado con una cuerda atada al asa metálica, y en cuatro pasos enérgicos llegó junto al brocal. Afortunadamente el agua no estaba honda, la primavera pasada había llovido mucho y todavía estábamos al principio del verano. Con el cubo lleno subió los cuatro peldaños de ladrillo que permitían alzarse hasta el nivel del depósito de plástico que descansaba precariamente sobre el tejado de la caseta y vació en él el contenido. Repitió la operación tres o cuatro veces, hasta que, apurados, los españoles le pidieron que interrumpiera la tarea. Adid sudaba y resoplaba, pero parecía, por su imperturbable sonrisa, que acababa de realizar una labor muy agradable. El ritmo de su pecho, al hincharse rítmicamente, no solo atraía mi atención; los dos turistas no le quitaban ojo, parecían subyugados por la actuación de mi amigo.

—El coche estará a la sombra todo el día. Si os quedáis con la casa, esta tarde vendré y os lo lavaré con el agua del pozo. Lo dejaré reluciente. Toma, es una llave muy segura. Nadie podrá entrar sin ella —dijo, dejando la pesada pieza de hierro en las manos de uno de los españoles, para forzarle aún más a tomar la casa en alquiler.

Los dos forasteros intercambiaron unas cuantas frases rápidas en su idioma, cuyo significado no pude entender. Luego, asintieron. El de la cara lampiña sacó una cartera de cuero y extrajo y contó los billetes, uno a uno. Adid había conseguido alquilar la casita por una semana, con pago por adelantado, por el doble de lo que pedía mi tía. Por un momento, le admiré. ¡Qué seguridad en sí mismo mostraba, frente a aquellos europeos a los que el dinero hacía tan poderosos!

Ayudamos a descargar el coche y a meter los bártulos en el interior de la casita. Luego nos despedimos, pero uno de los españoles, el que Adid había definido como «la mujercita de la pareja», le dijo:

—Recuerda que has prometido venir esta tarde. ¿A qué hora?

—A la caída del sol —contestó mi amigo.

—Tú también vendrás, ¿verdad? —dijo entonces el de la barba, dirigiéndose a mí. No supe qué contestar. Pero Adid no me dejó pensarlo:

—Sí, él vendrá también. Vendrá conmigo.

Sonreía, sonreía servilmente. Y acababa de venderme como a un esclavo, el muy hijodeputa.

En el camino de vuelta, por fin solos Adid y yo, di rienda suelta a mis reproches:

—Esto no me gusta nada. Ahora, no sólo vas tú con esos extranjeros que no tienen nada bueno que enseñarnos, sino que pretendes alquilarme a mí también, contigo y con la casa de mi tía.

—El lote completo, así es —respondió Adid con aplomo—. O, si no, ¿crees que iban a pagar todo lo que han pagado por esa choza miserable y sin agua corriente? Y

lo que les voy a sacar todavía...

—Pues esta tarde vienes tú solo. A lavarles el coche, como has prometido. O a cosas peores. Pero yo no pienso acompañarte.

Adid paró en seco su marcha. Estábamos rodeados de eucaliptos y cañizos. No nos veía nadie. Se enfrentó a mí, le miré a los ojos y de pronto tuve miedo. Pensé que me iba a pegar. Pero me abrazó y me dio un profundo beso en la boca.

—Te quiero mucho —dijo, cuando nos separamos—. Pero también me gusta el dinero. Mira, antes de que me olvide: esto para tu tía, esto para ti y esto para mí.

Separó el precio acordado por mi tía, y del resto hizo dos partes iguales. Se quedó él con una y me dio lo demás, con gesto dramático. Yo alargué la mano y tomé el dinero sin pensarlo. Era una de las mayores cantidades que había tenido nunca en mi poder.

—Mohammed, ya sé que te sienta mal verme ligando con esos cristianos. Pero piensa que tú puedes hacer lo mismo, yo te dejo, y no te creas que no me he sentido celoso al ver las miradas que te lanzaba ese español, el de la barba. Le gustas, ¡vaya si le gustas! Se mea sólo de verte. Pero todo esto es sólo un negocio. Por eso me lo consiento y te lo consiento a ti. Porque es un negocio, un trabajo; no lo olvides.

Ni se me había ocurrido que uno de los españoles se hubiera fijado en mi humilde persona. Sólo había tenido ojos, hasta entonces, para percibir el deseo del más afeminado de la pareja por Adid. Y sentirme lleno de celos.

—Ellos son ricos, y nosotros pobres. Les cambiamos un poco de su dinero por nuestra compañía. Les hacemos pasar un buen rato. Nada más. Es un negocio legítimo, como el del vendedor en el zoco. El comercio sustenta al mundo —siguió razonando Adid.

—¿Estás seguro de que le gusto al español? —pregunté.

—Está deseando hacerte alguna cosa de las que te hago yo. Aunque lo hará peor que yo, seguro.

—Eres un presuntuoso —no pude menos que responder.

El fajo de billetes abultaba en mi bolsillo. Me dije que Adid tenía razón. ¡Había echado tantas veces en falta siquiera uno de aquellos billetes el invierno anterior, dando vueltas con desesperación por el paseo de la ciudad mientras contemplaba a otros muchachos más afortunados que yo sacar entradas para el cine, tomar tranquilamente sus téis o cervezas, fumar cigarrillos americanos uno detrás de otro...!

—Además, no creo que te cueste ningún esfuerzo adaptarte a lo que quiere ese europeo —siguió Adid—. Tú déjate hacer, que trabaje él. Eso le bastará. Eso sí: no le dejes jamás que te... haga eso sin ponerse antes un condón, ¿entendido?, ¡jamás!

Asentí. En nuestro país parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo en ignorar que existen ciertas enfermedades muy peligrosas. No se habla nunca de ellas. También es verdad que los preservativos, aunque se venden en las farmacias, son

demasiado caros para la mayor parte de la gente. Pero Adid no era tonto, y había aprendido a tomar algunas precauciones elementales, aunque conmigo no las empleaba.

—Los españoles tendrán condones, seguro —dijo Adid—. Que los gasten, ellos pueden pagarlos.

Todo en su actitud y en su voz tenía un trasfondo vengativo. Parecía que odiara a los extranjeros. ¡Tan servil como se había mostrado unos minutos antes...! Tuve que decirme que la nueva faceta que estaba conociendo en Adid no me acababa de gustar. Es más, me inquietaba profundamente.

Pero me fascinaba, como todo en él.

Antes de volver a mi casa me acerqué por el Barrio de los Pescadores, y entregué a mi tía la viuda el importe que había pedido por el alquiler, que tomó en sus manos con visible satisfacción. Me pregunté con temor si ella supondría las condiciones de la compraventa, todo lo que iba incluido en el lote. Y me tuve que responder que, seguramente, sí. Pero no le importaba. Tenía el dinero en la mano, podía alimentar a sus hijos todo el verano con aquello, y tan sólo una semana más tarde tendría disponible la casita para alquilarla de nuevo.

—Hijo... Pórtate bien con esos señores, hazles compañía, sé cariñoso con ellos. A ver si consigues que se queden por lo menos una semana más en la casa —me dijo.

Entonces estuve seguro: mi tía lo sabía todo. Y mi deber ahora era ser cariñoso. Por el bien de mi familia.

Cayó la tarde. Las sombras se alargaban y la luz se hacía cada vez más dorada cuando Adid vino a buscarme a mi casa, muy cercana a la suya. Advirtió que yo estaba con los nervios en tensión:

—Tranquilízate, tonto. Ya verás: he mercado una china gordísima de hachís de la mejor calidad. Te apuesto lo que quieras a que se la vendo a los maricones a precio de oro, y acabamos fumándola nosotros.

Había dicho en español aquella sonora palabra. Yo sabía que se utilizaba como un insulto. ¿Por qué despreciaba Adid tanto a los que yo veía casi como nuestros bienhechores? Si ellos eran maricones, ¿qué éramos, entonces, nosotros? No me gustaba aquella postura agresiva y bastante absurda de Adid. Pero no me atreví a poner objeción alguna.

Llegamos a la casita. Nos estaban esperando. El que parecía predestinado a ser pareja de Adid le saludó, eufórico, echándole el brazo sobre el hombro, sobándole los lomos con gran camaradería. Adid se había anudado la camisa a la cintura, y entre ella y el borde superior del bañador nuevo quedaba al aire una franja de piel, del vientre por debajo del ombligo y de la última parte de la espalda, directamente encima de las nalgas. Me di perfectamente cuenta de que al europeo lampiño se le iban los ojos tras los hoyuelos que se le formaban a Adid a la altura de los riñones

cuando, por un motivo u otro, se ponían en tensión sus poderosos glúteos. ¡Mi lugar secreto, el punto clave del cuerpo de mi amigo, en el que yo centraba todos mis deseos, estaba al descubierto, y compartido ahora con aquel extraño! En medio de mi amargura, me atreví a mirar a los ojos al otro europeo, el de la barba, y vi en ellos, efectivamente, que me deseaba, como había advertido Adid desde el primer momento.

Mi amigo dijo en seguida que estaba listo para lavar el coche, pero le contestaron que no hacía falta; ellos lo habían lavado ya. Y habían llenado a cubazos, con gran esfuerzo, el depósito de agua. Precisamente se iban a dar una ducha ahora, porque estaban cubiertos de polvo y sudor... Adid ofreció:

—Me gustaría que probarais primero un poco del hachís que he comprado para vosotros. Estoy seguro de que os va a gustar, aunque es un poco caro.

Y sacó la pastilla, se sentó en el escalón del umbral de la casa y comenzó los preparativos para liar un cigarrillo bien cargado, mientras los dos españoles, estupefactos, intercambiaban miradas como diciéndose el uno al otro: «este chico es insaciable; todavía nos va a sacar más dinero». Pero no protestaron, y se apuntaron a fumar con gusto tras de la primera calada, ritual, de Adid; luego fumé yo. Estaba muy fuerte, y nos subió en seguida. Los españoles comenzaron a hablar, y a mí me pareció que lo hacían en un francés más fluido que por la mañana; o, al menos, yo tenía más facilidad que antes para comprender sus frecuentes palabras y expresiones en español. Muchas veces resolvíamos los problemas de comunicación utilizando el inglés, del que los cuatro teníamos algún conocimiento.

El que deseaba a Adid no se contuvo mucho rato. De pronto exclamó, mirándole fijamente:

—¡Ah, se me había olvidado que tenía que ducharme!

—Yo he sudado mucho esta tarde —se apresuró a decir Adid—. Me voy a duchar yo también.

Se introdujeron los dos en la caseta de madera. El otro español y yo quedamos en el exterior, escuchando las risas y ruidos que se producían al otro lado del precario muro de tablas. Se apreciaba que estaban haciendo algo más que ducharse juntos... Los dos que habíamos quedado fuera, por nuestra parte, permanecíamos silenciosos. Yo estaba muy cortado, no sabía lo que hacer; y el barbudo, aunque me miraba intensamente, advirtiéndome mi indecisión no se decidía a actuar tampoco. Al poco rato salieron Adid y su español, corriendo, desnudos, con las ropas al brazo, y se refugiaron riendo en el interior de la casa.

—Ahora os toca ducharos a vosotros —gritó Adid, al pasar, mientras me daba un calculado azote en el trasero, que interpreté como una señal al español de la barba de que mi cuerpo estaba a su disposición, listo para ser usado, para ser empleado en lo que él quisiera. Mi amigo me cedía a aquel desconocido, como podía haberle pasado

un pañuelo para que aliviara en él sus mocos. Advertí el ritmo de los riñones de Adid en la carrera, y me dije con tristeza que se iban a tensar de nuevo, como el lomo de un gato que se despereza; que iban a aparecer y acentuarse los hoyuelos, que aquella poderosa maquinaria iba a ponerse a funcionar nuevamente, impulsando una y otra vez al magnífico émbolo acharolado en que culminaba; pero que sería otro el que disfrutaría de todo aquello.

Pasamos a la caseta de tablas. El suelo de cemento estaba mojado, en un rincón había quedado abandonado un frasco de gel de baño. El Sol se había puesto ya, y en el interior de la frágil construcción la penumbra era densa. El español se desnudó y dejó su ropa en el rincón opuesto a la ducha, haciendo un montón. Yo también me desnudé, dejé los vaqueros y la camiseta a un lado. Pero no me decidí a quitarme el slip.

—¿Me puedes enjabonar un poco? —pidió el español, mientras hacía caer los finos hilillos de agua sobre su cabeza.

Tomé un poco de gel y se lo pasé por la espalda, admirado de la cantidad de espuma que se producía por el roce con el fuerte vello que crecía por doquier. Adid y el otro español, y no digamos yo mismo, éramos mucho más lampiños. En la penumbra, todo parecía un sueño. El hachís hacía efecto, y me encontré cubriendo de espuma aquella ancha espalda con un brío y un interés inesperados. Luego pasé la mano enjabonada por el pecho, mucho más velludo todavía, y por encima del estómago, que ya evidenciaba un cierto abultamiento inocultable.

—Déjame que te dé yo un poco de gel a ti —dijo.

Y me enjabonó pecho y espalda. Mi piel se sentía agradecida a sus caricias. De pronto, sin pedir permiso, me bajó el slip hasta el suelo, y siguió enjabonándome, las posaderas, la entrepierna, el sexo.

—Tienes la piel fina, muy suave —dijo, muy bajito—. No me cansaría nunca de acariciártela.

Habíamos pasado los dos por un rápido cuarto creciente, pero estábamos ya alcanzando la plenitud. Comenzamos a acariciarnos uno al otro, cuerpo a cuerpo. Aunque apenas era un par de centímetros más alto que yo, el español era mucho más corpulento, y tenía cuatro veces más fuerza. Me abrazó como lo haría un oso; y, de pronto, noté que, aprovechando lo resbaladizo del jabón, estaba intentando meterme un dedo por mi parte más delicada, aquella que sólo Adid había llegado a conocer.

—Pre... serva... tivo —alcancé a decir, medio ahogado por el abrazo del oso.

—Claro —contestó, al tiempo que aflojaba la presión de sus brazos—. Pero más tarde. Aún falta mucho para eso.

Para tranquilizarme, seguramente, agarró el montón de ropa, buscó en algún bolsillo y puso la mano ante mis ojos, mostrando en ella, triunfante, el arito redondo envuelto aún en su funda de plástico.

—Luego lo utilizaremos —siguió—. Luego utilizaremos tres, cinco, diez, los que hagan falta. Pero ahora, espera. Déjame que te acaricie. Tienes la piel tan fina... —repetió. Y no cesaba de pasar las yemas de los dedos por mi brazo, por mi pecho, por mis costados—. No me cansaría nunca de tu presencia, de tu contacto. Tu energía podría darme vida hasta la muerte.

Me gustó como hablaba, aunque lo hiciera en aquel mal francés entrecortado por palabras españolas e inglesas. No era un tipo guapo; tampoco yo era capaz de establecer clasificaciones estéticas muy firmes entre hombres, por aquel entonces. Me llamaba la atención, eso sí, la abundancia de vello de su pecho y espalda. No sabía muy bien si me gustaba, pero sentía curiosidad y el impulso de acariciárselo con los dedos. En aquel cuchitril húmedo y casi sin luz, lo que la vista no podía ya conseguir lo intentaba el tacto; no sé cuánto rato estuvimos acariciándonos, con suavidad, uno al otro. Yo, peinando con mis dedos el vello de su pecho; él, encendiéndome de agradecimiento la epidermis entera. Llegó un momento en que me sentí suyo, enteramente suyo; ninguna otra idea que la de pertenencia a aquel hombre cabía en mi mente. Y él debió notarlo, porque me dijo:

—No puedo más. Déjame entrar. Déjame, por favor.

Me abrazó por la espalda y allí, en la oscuridad de la caseta de madera, me penetró de una manera parecida a como solía hacerlo Adid, pero de una forma mucho más suave y lenta. Y no olvidó acariciarme el pecho con ambas manos, mientras me mordía en la nuca, como un león a su hembra. Luego comenzó a moverse en mi interior, al principio un poco torpemente, pero muy pronto conectó con el ritmo de mis circuitos nerviosos internos, adivinó la mejor forma de darme placer. Le noté a punto de estallar y yo mismo estallé al unísono con él. Luego me dijo —yo ni me había dado cuenta de ello— que, en el paroxismo, le había llamado Adid y le había gritado un montón de cosas en mi idioma. Quedé colgado de él, como un trapo de una percha, hasta que se retiró. Recuperé algo del sentido de la realidad cuando noté que se quitaba el preservativo. Y entonces me di cuenta de que había olvidado vigilar el cumplimiento del requisito que me había exigido Adid. Menos mal que el español había actuado con la responsabilidad que me había faltado a mí.

Volvimos a ducharnos. Luego, fuimos a la casa, que estaba silenciosa y oscura; sólo una luz muy tenue tras la puerta entornada de la habitación que hacía de dormitorio. Una vela encendida en un rincón apenas dejaba adivinar las formas de los dos cuerpos entrelazados que yacían sobre una de las colchonetas: Adid y el otro español dormían profundamente.

Yo también estaba cansado, muy cansado. Pero tomé del estante una de las sábanas y la extendí, colocándola sobre los cuerpos dormidos con el pudor con que se tapa el cadáver de un accidentado. Mientras tanto, mi español había colocado sobre el suelo otras dos colchonetas, una junto a la otra, extendió una sábana encima y otra

más, y me invitó a introducirme entre ellas. El se acostó a mi lado, y comencé a acariciarle de nuevo el vello del pecho, con miedo de que Adid se despertara y me viera otorgando mi cariño a aquel extraño. Pero me dormí casi de inmediato.

Muy tarde, de madrugada, me despertó Adid, con gestos bruscos. Me sentí culpable al hallarme a mí mismo cobijado por el brazo peludo de aquel extranjero, que seguía dormido. Me levanté inmediatamente y me vestí a toda prisa. Adid ya estaba vestido. El español que había sido su pareja nos despidió ya fuera de la casa:

—Ha estado muy bien. Tenemos que ser buenos amigos, ¿eh? Nos veremos mañana, supongo.

—Al atardecer, aquí mismo —confirmó Adid, sin solicitar mi opinión.

Echamos a andar hacia el pueblo, bajo las estrellas. Yo estaba serio, meditabundo, sin acabar de hacerme cargo de todo lo que acababa de pasar. Adid, que debía haber despertado mucho antes, estaba animado y de buen humor.

—Es un perverso auténtico.

—¿Quién?

—Paco, el maricón que me he cepillado esta noche.

Otra vez la palabra insultante en español. ¿Maricón, por qué?, ¿por dejarse penetrar? Entonces, ¿yo también merecía la misma palabra?

—Si vieras, qué cosas es capaz de hacer —siguió Adid—. Pero no, mejor que no te cuente nada, ahora. Mañana te diré. Iremos a bañarnos, ¿no?

Llegamos a la puerta de mi casa. Se despidió ligero:

—Mañana, dentro de unas horas, te vendré a buscar.

Y me dejó con un sentimiento mezcla de inquietud y satisfacción. Si lo que acababa de hacer esta noche había sido un trabajo, pensé, lo había realizado bien. El cliente había quedado satisfecho. Me había ganado el dinero que tenía guardado entre mi ropa. Y —me dije, algo inquieto— lo cierto es que me lo había pasado bien, muy bien.

Era ya mediodía cuando apareció Adid en mi busca. Fuimos derechos al acantilado, al nido de gaviotas que tan bien conocíamos. Cuando estuvimos instalados frente al mar —la marea ya había subido, y las olas castigaban el pie del cantil— le recordé la conversación de la madrugada anterior:

—Dijiste que ibas a contarme las cosas que le hiciste al español —aventuré.

Adid pareció molesto:

—No sé. ¿Te parece a ti que es éste el momento adecuado? Déjalo, vamos a descansar.

Me hizo una caricia en el muslo. Yo recordé al instante que él era mi amigo, el único. Le contesté con nuevas caricias, y pronto nos enzarzamos en un suave cuerpo a cuerpo. Fuimos calentándonos progresivamente, pero, cuando creía yo que íbamos a llegar a la cumbre de nuestra excitación, Adid se retiró, diciéndome:

—Espera, espera. Tenemos que guardar fuerzas para la noche.

—Pero, a mí no me importa... —protesté.

—Ya, tú llevas la parte más cómoda en el negocio —replicó—. Te dejas hacer, y ya está. Pero yo... Me hizo desbordarme tres veces, el español. Y me quedé agotado. Necesito ahorrar energía, porque pretenderá hacer lo mismo esta noche. Y su trasero no es el tuyo, precisamente... Bueno, quiero decir que a ti te quiero, pero a él no. Es un trabajo, y tengo que esforzarme. Y necesito estar con todas mis fuerzas, compréndeme.

Quedé en silencio, enfurruñado. Se dio cuenta de mi enfado, y me dijo, tratando de convencerme:

—Mohammed, estos españoles son una mina. Tenemos que sacarles todo el dinero que podamos. Dentro de cinco días se volverán a su país y nosotros nos quedaremos aquí, sin poder escapar de este maldito pueblo... Tenemos que dedicarnos a ellos. Sólo son unos días. Y, luego, estaremos otra vez nosotros solos. Pero con el dinero de estos españoles en el bolsillo, ¿comprendes?

Comprendí, comprendí perfectamente. Comencé a comprender que, en la vida de Adid, había dos amores: el dinero, y yo. Y me di cuenta con espanto de que mi rival me llevaba cada vez más ventaja en el corazón de mi amigo.

El sol fue descendiendo lentamente sobre el horizonte. Nos encaminamos a la casita de mi tía la viuda. Yo seguía pesaroso, pero advertía en mi interior que no me repugnaba en absoluto la idea de volver a ser del extranjero barbudo. Era noble, atento a mi placer, y me lo hacía pasar bien. Mejor, quizá, hube de reconocerme, que el mismo Adid, aunque su cuerpo no era comparable en juventud ni en belleza al de mi amigo. Sólo un inconveniente veía en la relación con él: desde su punto de vista, yo era un simple objeto. Era un cuerpo de carne de alquiler, un animalito doméstico de compañía, que muy pronto olvidaría, tan pronto volviera a su país. Pero se había comportado conmigo, en lo que podía recordar de la víspera, con tacto y consideración; había estado atento a cada vibración de mi cuerpo y se había amoldado a mí, buscando claramente mi placer, con mucha más atención de la que nunca me había dedicado Adid.

Llegamos a la casita. Adid llamó con los nudillos a la puerta cerrada. Abrió en seguida el español de la barba. Nos hizo pasar a la primera habitación y, con gesto contrariado, nos explicó que su amigo había comido algún alimento en mal estado, y que se encontraba acostado, muy débil, víctima de una diarrea.

El concepto «diarrea» nos lo tuvo que explicar, a falta de palabra conocida en francés o inglés, con gestos, y Adid y yo apenas pudimos contener la risa. Pero la situación no era como para reírse.

—En México lo llaman la venganza de Moctezuma —explicó el español—. Aquí habría que llamarlo la venganza de Hassan II, o algo así.

Adid y yo nos miramos a los ojos: aquella conversación era peligrosa. Había que cortarla. Los dos interrumpimos a la vez al español:

—¿Ha visto al médico? —quise saber yo.

—¿Está muy mal? —preguntó Adid, al mismo tiempo.

—Le he hecho tomar un antibiótico, se le pasará en seguida —dijo el español—. Nos hemos traído un buen botiquín, somos previsores. Y, además... Yo soy médico. Paco es un hombre de suerte. Se ha traído al África a su médico personal... Pero está débil. Se ha pasado todo el día... vaciando. Ahora está dormido, es mejor que no le molestemos. Seguro que mañana volverá a estar como antes.

Permanecimos un rato en silencio. Luego, dijo Adid:

—Entonces... Supongo que será mejor que nos vayamos.

El español pareció asustado por lo que decía mi amigo:

—¡No, no! Me vendrá bien un poco de compañía. Estoy muy aburrido, todo el día sin salir de aquí, cuidando de Paco. Y yo estoy perfectamente de salud, con fuerzas... ¿No podrías armar un canutillo?

Adid se aplicó diestramente a la labor, y un minuto más tarde estábamos los tres fumando. El español fue en busca de un colchón al cuarto donde dormía su amigo, lo apoyó sobre una pared y nos hizo sentar en él, mientras permanecía en pie. Comenzó a hacer efecto la droga, pero ninguno de los tres nos decidíamos a romper el hielo: yo era todavía demasiado tímido, y el español de la barba, notando un mensaje de advertencia en la mirada de Adid, no se atrevía a venir por mí. Comprendí que la situación era desequilibrada: en ausencia del otro español, era yo el centro de los deseos de mis dos compañeros, que no parecían atraerse el uno al otro. Había que hacer algo y, de pronto, sin pensarlo, actué: desabroché el pantalón al español, y se la busqué con la boca. La reacción de Adid fue inmediata: noté cómo me bajaba él, a su vez, el bañador, y, enseguida, sentí el tacto de su arado buscando camino entre mis nalgas. En pocos segundos mis compañeros se hicieron cargo de sus respectivos papeles, y mi cuerpo no era sino un saco de paja al que embistieran una y otra vez dos toros obcecados en no dejar entre sus cornamentas más que un guiñapo reventado. En unos minutos llegaron los dos a la cumbre, Adid sin molestarse en salir de mí, como de costumbre; el español, sin embargo, tuvo el cuidado de hacerlo en el último segundo, y no por mi voluntad.

Quedé allí, tendido entre aquellos dos machos amansados. Un momento después, el español me echó mano a la entrepierna, diciendo en voz baja:

—Ahora te toca a ti.

Pero Adid le obligó a retirar la mano:

—¡No!, ¡espera! Así tendrá ganas de que repitamos.

Y, en efecto, cinco minutos más tarde estaban otra vez acariciándome y acariciándose a sí mismos, en plena recuperación. Esta vez intercambiaron sus

papeles: Adid me hizo tragar con brusquedad su leño, y el barbudo, después de haberse puesto un condón, me introdujo el suyo por el conducto que ya Adid había dilatado hacía poco. El contacto de ambas puntas me quemaba; como había previsto Adid, el deseo, insatisfecho en mí todavía, era poderosísimo, y, si la vez anterior habían sido ellos dos los que habían jugado conmigo, esta vez fui yo el que me retorcí, temblé, me estremecí y les hice estremecerse; esta vez fue mi cuerpo el que jugó con los suyos, buscando su propio placer. En un momento dado, mi incendio devino en explosión, y mi cuerpo reventó, vaciándose en un chorro seminal. De improviso me empezaron a molestar los dos pedazos de carne que tenía incrustados en mis entrañas. El de Adid estaba a punto de hacerme vomitar, sentía náuseas. Intenté sacarlo de mi garganta, pero mi amigo, empujándome con ira la cabeza hacia adelante, me lo hizo tragar hasta la raíz; mientras yo me ahogaba, él eyaculó, y muy pronto fue retirándose, al tiempo que me decía en nuestro idioma:

—¡Traga!

Obedecí, entre toses. En ese momento estallaba el español, y su jugo quedaba contenido en el condón, pero dentro de mí todavía. La goma flotaba entre dos mares viscosos, afuera de ella el abandonado por Adid hacía diez minutos, y adentro el eyaculado por el español en el último segundo.

Tuve que salir al exterior, hacer gárgaras, beber agua; defecar en la taza turca. Me sentía mareado y dolorido. Cuando volví a la habitación, Adid dormía sobre el colchón. El barbudo debía haber entrado en el otro cuarto, donde dormía su amigo enfermo. Había unos cuantos pañuelos de papel usados y hechos una bola dispersos por el suelo.

Pensé en tumbarme al lado de Adid y acariciarle; pero de pronto me di cuenta de que había sido maltratado por él; sin duda, se sentía celoso, y se había vengado de mí con aquel trato rudo y humillante que me había dispensado. No por eso me lo había pasado yo mal, todo lo contrario; pero, ahora, viéndole dormido, tan apacible después de lo violentamente que había abusado de mí... Sentí un fuerte rechazo. Me tumbé en otra colchoneta. Y me dormí inmediatamente. Aquel hachís era muy poderoso. Casi valía la fortuna que los españoles habían pagado a mi amigo por una sola piedra.

Y llegó el día siguiente, llegó el anochecer de nuevo. Era el tercero que pasábamos Adid y yo con los europeos; se había hecho ya costumbre. Encontramos a Paco, el español lampiño, casi completamente recuperado, y de buen humor. Volvimos a fumar un petardo atómico, volvimos a formar las dobles parejas, y el resto de la velada transcurrió sin sorpresas, por el camino acostumbrado. Tres noches tan sólo, y ya se había hecho hábito. Sólo que Paco, aún algo débil, se retiró pronto a dormir, y Adid, al quedar sin compañero, quiso seguir disfrutando sexo conmigo. De nuevo volvieron a compartirme los dos machos, me usaron a su antojo, y me dejaron tirado como un trapo viejo cuando se saciaron. Yo quedé inmóvil, incapaz de alzar

del colchón una parte cualquiera de mi cuerpo. Tantos retorcimientos y esfuerzos me habían dejado dolorido hasta el último músculo; y los múltiples mordiscos y cachetes me tenían enrojecido y sensible cada centímetro de piel. Me sentía terriblemente humillado y, lo más curioso, experimentaba en la humillación un inmenso placer. Pensé en que a la mañana siguiente iban a notárseme cardenales en el cuello, en las nalgas, alrededor de las tetillas; y, con esa preocupación, me quedé dormido.

Pese a nuestros esfuerzos, los españoles no quisieron quedarse en casa de mi tía más allá de la semana que habían pagado por anticipado. Tenían que volver ya a su país, explicaron. Y lo hacían con verdadera pena. Pero antes querían conocer, siquiera fuera de pasada, Marrakech, la gran ciudad, puerta del desierto. Habían oído hablar tanto de ella, y quedaba tan cerca de donde nos hallábamos, a sólo tres horas de automóvil, que no podían dejar pasar la oportunidad de visitarla antes de emprender rumbo al Norte. Aquella última noche tuvo mucho de sentimental; Adid expresó con tantas alharacas su pesar por tener que separarse de Paco que yo pensé que el español, harto de supercherías, iba a acabar enfadándose; pero, en cambio, pareció creer todo cuanto le decía mi amigo, proclamando entre exageraciones su amistad eterna, incondicional, absoluta... Aunque más parco en palabras, también él declaró a mi amigo su afecto incondicional. El español barbudo y yo, por nuestra parte, fuimos más comedidos en la expresión de nuestros sentimientos; lo cierto es que yo estaba verdaderamente apenado por dejar de verle. Había descubierto que había otra persona en el mundo capaz de satisfacerme físicamente como Adid, aunque le faltara aquel detalle de los hoyuelos en la riñonada que me era tan querido; y, en su comportamiento, resultaba mucho más considerado, mucho más humano que mi amigo. Al lado de las atenciones del español, el trato que me dispensaba Adid después de hacer el amor era denigrante; aunque, en el momento mismo, hasta deseaba sentir sobre mí aquel desprecio, más tarde reflexionaba y valoraba infinitamente más la benevolencia y las suaves caricias del barbudo.

Fue en el momento de despedirnos —los españoles salían a la mañana siguiente, temprano, rumbo a la Ciudad Imperial— cuando Paco sugirió, como si la idea se le hubiera ocurrido de repente:

—¿Y si viniérais con nosotros a Marrakech? Podríamos pasar allí una noche, en un hotel modesto —recalcó el adjetivo, como no queriendo que nos ilusionáramos demasiado— y volver aquí pasado mañana por la mañana. Os dejaríamos en el pueblo y seguiríamos hacia Tánger para coger el ferry de la noche...

Mi barbudo sacó un mapa y se puso a calcular kilómetros de carretera. Adid y yo nos miramos a los ojos, con alegría; aceptamos inmediatamente la invitación. Con nuestras familias no habría problema; teníamos demasiados hermanos como para que nos echaran en falta por una sola noche.

Salimos muy temprano. Adid y yo nos habíamos puesto nuestras mejores

prendas, y llevábamos, por si acaso, una muda y toallas en una bolsa de lona. Conducía Paco, y a su lado copilotaba, impaciente como un niño pequeño, mirándolo todo, explicándolo todo, Adid. Adoraba la velocidad, y continuamente exhortaba a su amigo español a apretar el acelerador. Afortunadamente Paco no le hacía el menor caso, y ni siquiera cuando al cabo de algunos minutos salimos a la carretera general quiso pasar de ochenta por hora. Recostados en el asiento de atrás, mi barbudo me acariciaba discretamente, su cuerpo pegado al mío; y yo me dejaba hacer, pendiente sin embargo de una posible mirada por parte de Adid.

El aparato de música del coche nos envolvía en alegres canciones españolas y sudamericanas, procedentes de las cintas que iban poniendo Adid y Paco. En un momento dado, mi español, que se llamaba Juan Carlos, pidió:

—Paco, pon aquella de Bach, ya sabes tú.

—No fastidies —respondió Paco—. Se nos van a dormir los chicos.

—Te olvidas de que son matemáticos los dos. Quizá les guste. Vamos a hacer la prueba.

Comenzó a sonar una melodía que, al pronto, me pareció muy simple. Luego, se enroscaba sobre sí misma, comenzaba a dibujar un complicadísimo arabesco y, después de crear todo un mundo de geometrías perfectas, lo deshacía poco a poco, recorriendo exactamente a la inversa el camino que había trazado hasta entonces. Era como tejer una complicada labor de encaje y destejerla a continuación. Cuando se deshizo la última puntada, Juan Carlos me dijo:

—Vaya, Mohammed, parece que te ha gustado Bach, ¿no es así?

Reaccioné con esfuerzo. Me había quedado colgado de aquella música. Los residuos de hachís que permanecían en mi sangre contribuían también a ello.

—Pon un poco más. Me gusta mucho, es como un trabajo de filigrana, es perfecto. Es una marroquinería en música —bromeé.

Pero Adid y Paco protestaron. Querían música rockera. Y cambiaron de cinta. Yo quedé pensativo, recordando en mi interior aquella mágica sucesión de sonidos. Su autor había sido, sin duda, un gran matemático.

Fueron desfilando yermos y regadíos, llanuras y colinas; finalmente, llegamos a la Ciudad Roja, que Adid conocía bastante bien. Yo había estado en ella un par de veces, pero escasamente me orientaba por los barrios modernos. El dédalo de callejas de los zocos, alrededor de la gran plaza, era para mí un misterio tan grande como para cualquier turista europeo.

No me explayaré demasiado sobre los aspectos turísticos de la visita, que quedaron, ya veremos por qué, muy en segundo plano. La presencia en el grupo de Adid y de mí mismo, de un aspecto tan inconfundiblemente local, nos protegió de las hordas de guías y vendedores que asediaban al resto de los turistas. Nuestra primera ocupación fue encontrar alojamiento. Conseguimos dos habitaciones comunicadas,

con baño, en un hotel que, efectivamente, a los españoles les pareció modesto, pero que Adid y yo vimos como un paraíso de lujo. Tenía recepción, ascensor, aposentos con baño... Un mozo robusto, negro como el betún, se empeñó en subir a la habitación las maletas de los españoles, y me pareció que, al recibir la propina, se entendía sin disimulos con Paco. Juan Carlos pareció molesto, y Adid también.

Cuando cerramos la puerta de la habitación tras de nosotros, Adid y yo corrimos a arrojarnos sobre las blandas camas, encantados de nuestro nuevo hogar provisional. Juan Carlos, por el contrario, se encaró muy serio con su amigo:

—Eres una mala puta. Nos vas a complicar las cosas. ¡Pero si tenemos solo veinte horas para ver la ciudad, y se te ocurre ligar con el mozo del hotel, pudiendo acostarte con cualquiera de nosotros tres!, ¡estás como una puta cabra!

—Mira, si mi instinto no me falla, estamos ante un elemento excepcional, un fenómeno de la naturaleza. ¿Has visto el bulto de la bragueta? —contestó Paco, tranquilamente.

—Pero si hace sólo unas horas que te han puesto el culo del revés... —el barbudo miró a Adid, extendido sobre una cama, que se echó mano al paquete maquinalmente, como para defenderlo—. No tienes consideración con los demás. Eres una mala puta, una puta cabra, una cabra loca, una loca... loca, ¡muy loca!

En su exasperación, había creado toda una serie matemática de insultos, como antes Bach de sonidos, pensé.

La discusión se empantanó, por falta de interés por parte de Paco, que contestó con un silencio despectivo.

Teníamos un cuarto de baño completísimo, y los españoles casi gritaron de alegría al poder asearse por fin en condiciones adecuadas. Nos fuimos duchando y acicalando, el primero de todos Paco, porque, como confesó enseguida, había quedado con el negrazo en verse en aquel mismo lugar media hora más tarde. Pero no habían pasado ni veinte minutos cuando sonaron unos golpecitos a la puerta. Se presentó, decidido, el mozo, y Paco, recién duchado, cubierto sólo con una toalla, le hizo pasar, y se encerró con él en la habitación del fondo. Quedamos los demás perplejos y expectantes al otro lado de la puerta. Juan Carlos estaba visiblemente enojado; Adid mostraba contrariedad, creo yo que porque calculó que había un intruso con el que repartir las propinas. Yo también me sentía molesto: aquello alteraba nuestros planes, y yo tenía verdaderas ganas de salir a conocer la ciudad. Pero no había pasado un minuto cuando la puerta se abrió y apareció Paco de nuevo, desnudo, llamándonos casi a gritos:

—¡Venid, venid! No os podéis perder esto. Es, sencillamente, sobrenatural.

Entramos, dudosos, en la otra habitación. Sobre una de las camas yacía, sonriente, el mozo del hotel, desnudo sólo de cintura para abajo, con los brazos cruzados bajo la cabeza, sin duda para que pudiéramos contemplar mejor la pieza central de su

anatomía. Tenía en erección una especie de verga de burro, mayor que las de Adid y Juan Carlos juntas. Brillaba, acharolada, de un negro azulado, rígida como una pieza de acero, y en su superficie se marcaban gruesas venas. Se veía al fornido mozo de maletas orgulloso de su joya, que, al menos en mí, causaba un efecto hipnótico, de fascinación, que no de deseo. El estado de ánimo de Adid era parecido: mi amigo parecía asombrado y horrorizado, pero no deseoso. ¿Qué habríamos podido hacer Adid o yo con aquello? Aquel monstruo estaba demasiado alejado de la realidad como para pensar en su utilización; era un ídolo, algo que exigía adoración, pero que no permitía, por su tamaño, servirse de él.

—Necesitaré ayuda, pero me lo tengo que calzar. Adid, por favor, saca uno de tus cigarrillos milagrosos —dijo, casi en un susurro, Paco.

Y, tras la administración de la droga, que compartimos todos menos el dueño de aquella pieza de artillería —«no debo, estoy trabajando, señor»—, comenzó una operación laboriosa; yo no sentía incitación sexual alguna pero, en mi calidad de testigo, permanecí atento, fascinado, sin perderme un ápice del drama, que tenía algo de operación quirúrgica, o de parto. Sí, era como un parto al revés, afortunadamente sin sangre; pero era como si un niño cabezón volviera de nuevo al interior de su madre, pasando por un esfínter inverosímilmente dilatado. Era desagradable, pero no podíamos dejar de mirarlo.

Juan Carlos, como un cirujano hábil —quizá lo era, después de todo; a mí me había dicho que era médico— consiguió colocar con mucho trabajo un preservativo alrededor de aquel monstruo, y luego lo recubrió con una buena cantidad de crema. Paco, como enloquecido, se fue sentando sobre el ídolo. El mozo del hotel permanecía inmóvil, tumbado boca arriba, atento también al parto, con una sonrisa irónica y casi despectiva en la boca. Paco forcejeó, gritó, pareció por un momento que iba a renunciar a su pretensión. Aquello no tenía nada de placentero. Era un desafío, un reto vital; un «tengo que hacerlo». Un soldado saltando de la trinchera a la conquista de las líneas enemigas no debía tener otro espíritu que el de Paco en aquellos momentos: tenía que conseguir su objetivo a toda costa. Y los demás, fascinados, fuimos contemplando cómo, poco a poco, el monstruo se iba introduciendo en el cuerpo del español. En el silencio del corro de amigos, sólo Paco respiraba hondo, gemía; salían lágrimas de sus ojos. Empalado de aquella manera, con el ídolo dentro de su vientre, abriéndose paso por sus intestinos, Paco lloraba. Incapaz de movimiento alguno, parecía clavado para siempre en aquella inmensa estaca. Ni siquiera tenía erecto su mástil, que ahora parecía diminuto. De pronto, gimió más fuertemente, y un reguero de fluido blanco salió por la punta de la pequeña verga flácida. Antes de darnos cuenta, dando un grito de dolor, el español se desprendió de su torturador y dio un salto hasta la otra cama, donde quedó tendido de bruces, aullando. Desde dos metros de distancia contemplaba yo espantado su ano

todavía dilatado, su agujero abierto, imposible de cerrar ya, imaginaba. Se le hubiera podido meter un puño dentro, pensé.

El mozo del hotel seguía tendido en la cama, sin moverse. Sonreía. Debía haber repetido muchas veces la operación con aquellos viciosos turistas europeos. Se quitó el preservativo, y preguntó en francés:

—¿Alguien más quiere echar un pulso a mi gran brazo?

Y, ante nuestro silencio, comenzó a masturbarse. Predije para mí que nos esperaba todavía un gran espectáculo de fuegos artificiales, que acabaría con una gran mancha blanca en el techo de la habitación. Pero me equivocaba, porque lo que vi me asustó: aunque yo permanecía sin excitar en el sentido puramente sexual del término, Adid se había desprendido de la gran toalla que le envolvía y se masturbaba enloquecido. Mi barbudo, aunque más comedido, estaba también empalmado. Los dos parecían fuera de sí, como si fueran miembros de una secta de adoradores del Gran Falo.

Adid tomó un nuevo condón y, fallando varias veces por el nerviosismo, se lo colocó finalmente al ídolo del mozo de maletas. Yo no entendía el gesto. Era impensable que Paco, que todavía gemía en la cama de al lado con la herida abierta, repitiera la operación. Y tampoco creía capaz de intentarlo a Adid, o a Juan Carlos... Y de pronto me di cuenta, aterrado, de lo que me esperaba. Adid me cogió por la cintura, y forcejeando conmigo intentó sentarme encima del monstruo. Yo estaba tan aterrorizado que no atinaba ni a gritar ni a resistirme.

—Tú también lo vas a probar, tú también... —gritaba Adid, como alienado—. Vas a ser tú mismo un condón, nada más que un condón repleto de polla. Sólo una envoltura para esta polla. Eres una puta que te dejas follar por todos, ¿verdad? ¡Pues también por éste, maldita mujercita viciosa!

Juan Carlos pareció dudar. Pese a que él también estaba poseído por la locura, parecía haberse dado cuenta de que yo no quería intentar aquella barbaridad. Pero debió sentirse incapaz de plantear oposición a la fuerza de aquel loco que me tenía asido por la cintura, que me plantaba ya sobre aquella estaca dura. Todo lo que pudo hacer fue vaciar una gran cantidad de crema sobre su mano, y embadurnar con ella el mástil. Luego me introdujo el sobrante por aquel agujerito que, si el destino no lo remediaba, pronto sería cueva de Alí Babá. Entonces, Adid me plantó.

Aquella cosa enorme forcejeó con un estrecho anillo elástico, incapaz de pasar por él. Yo intentaba salir de allí, sin fuerzas ni para patalear, ni para gritar pidiendo socorro; Adid apretaba de mí hacia abajo con toda su alma. Algo pareció comenzar a ceder; dolía. En esto, el barbudo destapó un frasquito y casi me lo metió por la nariz, obligándome a respirar un vapor como de gasolina. Noté que la sangre se me agolpaba en la cabeza, y luego se me hinchó el pecho; sentí una intensa oleada de calor, y pareció dilatárseme el cuerpo entero y, en eso... Entró. Entró hasta la raíz, me quedé sentado en la tripa de aquel individuo.

—¡Te la has comido entera, mala puta! —me gritó Adid al oído.

Aquel mala puta, en español, acababa de oírsele a Juan Carlos, insultando a Paco.

Yo estaba como insensible, allí, sentado sobre el vientre del mozo de maletas. El ídolo había desaparecido, estaba en mi interior, secuestrado.

—Eres sólo un condón. Y cuando saque la polla de ti, serás un condón flácido, para siempre. Un condón flácido —seguía gritando Adid en mis oídos.

Se puso en pie sobre la cama, un pie a cada lado del mozo de maletas, masturbándose frente a mí. Y en seguida estalló, llenándome la cara de su pegajosa esencia. Yo, mientras tanto, flotaba, más allá del dolor, embarazado de aquel pedazo de carne inmenso que había tomado el lugar de mi espina dorsal. Me fui notando cada vez más vaciado de mí mismo y sustituido por aquella carne ajena, amorfa. Aquello era yo, ahora. Y yo iba desapareciendo en la nada.

Desperté. Estaba tumbado sobre una cama. Me dolían las tripas. Me dolía el ano, o lo que quedara en su lugar. Adid me daba aire al rostro agitando una guía turística, con infinita cara de susto; el dueño del ídolo había desaparecido. Juan Carlos estaba distribuyéndome por el esfínter —yo lo sentía kilométrico, enorme, como el redondel de un circo— una pomada calmante.

—Tranquilo, Mohammed —dijo Juan Carlos, con reposada voz profesional—. Has tenido una lipotimia, pero estás bien. Te va a picar un poco el trasero, pero con esta pomada que te estoy poniendo se te arreglará pronto. Paco está igual que tú, sólo que no ha llegado a desmayarse. Por cierto, qué pena. Porque... No lo había visto nunca... Te has corrido en cuanto te has desmayado. Estabas inconsciente, y echando esperma a borbotones, empalado todavía por ese fenómeno. ¡Qué espectáculo! Otra vez, tenemos que grabarlo con un vídeo.

—No habrá otra vez —dije con determinación.

—No, no habrá otra vez —repitió Adid a mi lado, como un eco.

Entonces me di cuenta: estaba llorando, asustado como un niño pequeño.

Paco y yo no nos decidimos a salir hasta que llegó la noche. Estábamos demasiado abrumados, físicamente, por el exceso que habíamos cometido, voluntariamente él y a la fuerza yo. Adid me pidió perdón un millón de veces por su ataque de locura, pero yo ni le perdonaba ni le guardaba rencor. Había sido una experiencia positiva, me parecía, aunque no acertaba a dar con la razón de ello. Juan Carlos y Adid se fueron finalmente a dar una vuelta por la ciudad mientras Paco y yo nos reponíamos, ayudados por el ungüento milagroso que nos habían administrado. Aquella noche salimos todos a la Plaza, y ya sólo nos quedaba a Paco y a mí una ligerísima vacilación del cuerpo cada vez que dábamos un paso. Pero anduvimos muy poco; cenamos en un restaurantillo y volvimos todos al hotel, a dormir. Y digo bien; fue la primera noche que dedicamos los cuatro íntegramente a dormir desde que nos conocimos.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Yo me sentía totalmente repuesto, sin secuelas del exceso cometido veinte horas antes. Paco debía estar igual. Nos arreglamos y salimos en seguida de la habitación. Apareció otra vez el negro enorme, que tomó de nuevo las maletas de los europeos para bajarlas al coche. Entramos en el ascensor Juan Carlos, el mozo y yo; con las maletas, no había sitio para los otros, que quedaron esperando un segundo viaje. En cuanto se cerró la puerta, el mozo me dijo, sabedor de que el español no nos podía entender:

—Chaval, ya sabes dónde estoy. Vente cuando quieras...

—No soy de aquí —repliqué.

—Yo, a los turistas, les cobro. A todos —siguió, sin hacerme caso—. Pero, a ti, no. Vente cuando te apetezca. Tengo ganas de volver a tenerte colocado ahí, como un guante. Eres el guante más fino, más ajustado que ha tenido nunca mi gran mano... De finísima piel de cabritilla... Mi gran mano está deseando que te vuelvas a colocar a su alrededor.

El mozo negro estaba convirtiéndose definitivamente en poeta. Era el rey de la metáfora. Y yo me estaba poniendo colorado. Y el español ponía cara de mosqueo. Y mi bragueta comenzaba, inevitablemente, a abultarse. El ascensor se abrió al hall, y salí disparado en busca del coche.

Antes de que llegaran junto a nosotros Paco y Adid, mi barbudo me preguntó, curioso:

—¿Qué te ha dicho?

—Que soy como un guante para su mano, y que quiere que lo volvamos a hacer —enrojecí de nuevo.

—Y tú, ¿qué le has respondido?

—Que no.

—Lástima, me compraría un vídeo sólo para grabarlo... Comprendo que no te haya gustado, pero, para mí, ha sido maravilloso... Un día fantástico, histórico. Lo del negrote y tú primero, y luego, lo de...

Se calló.

—¿Lo de qué?, ¿qué más ha pasado? —inquirí.

—Nada, nada —cortó.

No le pude sacar más información. Pero comprendí que había sucedido el día anterior algo que me quería ocultar. Algo —¡claro!— entre Adid y él. Algo habían hecho ellos dos mientras Paco y yo descansábamos en el hotel. Sentí por dentro el desgarrón de los celos. Y no supe cuál de los dos, Adid o el español, era el causante de aquel sentimiento.

Recorrimos la carretera general en sentido inverso al de la mañana anterior. Cuando llegamos a la secundaria Adid comenzó a suplicar a Paco que le dejara conducir unos kilómetros. Paco se resistía, pero al final cedió, poniendo a mi amigo

la condición de que no pasara en ningún momento de setenta kilómetros por hora. Para mi asombro, Adid conducía perfectamente; se notaba que lo había hecho en muchas otras ocasiones. Pensé que su historial de ligue con extranjeros era más largo de lo que me había hecho saber.

A la salida de una curva, nos quedamos rígidos: un control de carretera. Cuatro policías con metralletas cerraban el paso. Uno, adelantándose, hizo señal de alto.

—¡Para!, ¡para! —gritó Paco.

Adid detuvo el coche bruscamente. El policía que nos había dado el alto se acercó al vehículo, mientras los otros tres parecían dispuestos a freirnos a tiros al menor movimiento. Se encaró con Adid:

—Carnet de conducir, por favor.

Gastaba todavía la amabilidad que reservan los policías de mi país para los turistas y para con los ricos.

Adid buscó por todos sus bolsillos, aparatosamente:

—No sé, no lo encuentro... Pero lo tengo que tener, claro. ¡Si piloto aviones!

—¿Aviones? —el tonillo incrédulo del policía no presagiaba nada bueno.

—Sí. Soy alumno de la academia militar de aviación de... Dentro de un año estaré en condiciones de pilotar...

Adid mostró el carnet de su academia, en un intento de ganarse la simpatía del policía, algo así como diciéndole tácitamente: «Somos colegas, tío». El policía examinó el carnet, frunciendo los labios al mismo tiempo en una mueca de desprecio y asco.

—Conducir sin permiso. Esto te va a costar muy caro.

A todo esto, los españoles y yo permanecíamos en silencio, aterrados. Pero, de pronto, Paco actuó. Salió del coche con la cartera en la mano. Extrajo su carnet de conducir español y se lo enseñó al policía, hablándole en francés:

—Yo tengo carnet. Soy el dueño del coche, y el que lo conduce.

El policía tomó el documento para examinarlo. Vi claramente cómo sobresalía de su interior un billete, el más grueso de los que circulaban entonces por mi país. Pensé que ya nadie nos iba a librar de la cárcel. ¡Tratar de sobornar a un empleado público! Pero, para mi sorpresa, el policía tomó rápidamente el billete y se lo llevó al bolsillo.

—¿Todo correcto, señor? —dijo Paco, haciendo ademán de entrar de nuevo en el vehículo, por la portezuela del conductor. Adid se había escurrido mientras tanto hasta el asiento del acompañante.

—¡Espere! —dijo entonces el policía en francés. ¿Y mis compañeros, qué? Llevan muchas horas en la carretera, este es un trabajo duro.

Paco volvió a echar mano a la cartera. El policía le devolvió su carnet, para volver a tomarlo con otro billete dentro. Luego se lo devolvió definitivamente, le dejó entrar en el coche e hizo una señal a sus compañeros, para que dejaran libre el paso.

—Todo correcto, señor —dijo en francés, mientras hacía un saludo militar. Y a continuación, en nuestro idioma, encarándose con Adid a través de la ventanilla abierta:

—Un putito negro invertido como tú no debería estar en una academia militar.

Aquellas palabras sonaron terribles en mis oídos. Pero en los de Adid fueron demolidoras. Mi amigo quedó de un color gris ceniciento: la sangre se le había retirado de la piel. Y con aquel tono gris y sin brillo siguió casi hasta que llegamos al pueblo. Los españoles, por su parte, tampoco estaban de buen humor. Ninguno de los cuatro tenía ganas de hablar.

—Pagaremos el ferry con mi visa, en Tánger —dijo, escuetamente, Paco a su compañero—. Al menos, me ha dejado la tarjeta de crédito.

Llegamos al pueblo. Adid echó pie a tierra. Se despidió con prisa, dio a Paco las gracias. Y escapó casi corriendo, muerto de vergüenza. Me dio lástima hasta a mí, que me sentía también terriblemente avergonzado y humillado.

Seguimos hasta la casita de mi tía. Los españoles habían dejado algún bulto allá. Lo recogieron con prisa, me devolvieron la llave y se despidieron de mí. Mientras Paco maniobraba con el coche, Juan Carlos quedó un momento solo conmigo. Me abrazó, me besó en la boca. Yo estaba casi a punto de llorar. Me alargó un paquete envuelto en una bolsa de plástico usada:

—Toma, esto es para ti. Dentro tienes mi dirección. Prométeme que me escribirás. Y si vas a Francia el curso que viene, no vayas en avión. Pasa por España. Ya sabes que puedes quedarte unos días en Madrid... Serás bien recibido, Mohammed.

Se lo prometí. Le escribiría, procuraría pasar por Madrid camino de Francia. Sin esperar a que contemplara el regalo, mi barbudo se introdujo en el coche. Unos segundos más tarde el vehículo de los españoles se perdía tras el recodo del camino, y sólo quedó una nube de polvo que se llevaba la fuerte brisa del mediodía. Yo sentía el estómago en la boca. Desolación de la despedida.

Abrí el paquete. Era un walkman, y con él venían cuatro o cinco cintas, todas de Bach. Y un montoncito de pilas de repuesto...

Nunca más hablamos del incidente, Adid y yo. Pero unos días más tarde me dijo mi madre, como al descuido:

—He visto en el mercadillo a la madre de tu amigo Adid. Estaba muy contenta. Adid ha dicho a sus padres que pidan a unos parientes de Rabat la mano de una prima suya, una tal Fátima. Dentro de unos meses ya estará ganando un sueldo en el Ejército y tiene muchas ganas de casarse, ha dicho su madre. Tú también deberías ir pensando en...

Estuve seguro desde el primer momento: Adid tomó la decisión de desposar a su prima como consecuencia de aquel encuentro desafortunado en la carretera. Las

palabras del policía corrupto debieron ser terribles para él. Pero nunca quiso recordarlas en la conversación. Nunca volvió a hablar del incidente. Y yo no me atreví a mencionarlo, tampoco. Estaba comenzando a temer las reacciones de mi amigo, que cada vez me parecía más lejano.

No hice preguntas a Adid, no me di por enterado. Aquel verano continuamos nuestra relación, ya sin interferencias de extranjeros, como siempre había sido: largos encuentros, escondites, nidos amorosos... Pero algo había cambiado para siempre. Yo decidí seguir obrando con mi amigo como si nada hubiera ocurrido, quise agotar aquel verano hasta el final; porque sabía que iba a ser el último. Adid actuaba también como si nada hubiera pasado; pero lo hacía de una forma automática, a veces un poco como sonámbulo.

Ahora seguía sintiéndole dentro a la puesta del sol; pero, con los auriculares del walkman puestos, casi llegaba a disfrutar más de la matemática de Bach que de la hombría de mi amigo, cuando ambas penetraban en mi interior.

En el último momento, no me renovaron la bolsa de estudios. Me vi impedido de continuarlos en Francia. Escribí, desesperado, a mi amigo español. Y a vuelta de correo recibí respuesta. Me pedía que acudiera a Madrid, me prometía que haría todo lo posible para conseguirme una plaza en la Facultad de Exactas. Yo no confiaba demasiado en todo aquello, pero hice un último esfuerzo para poner al día mis papeles y conseguir pasaporte y visado. Finalmente, llegué a Madrid. Pero todo ello fue una sucesión de aventuras que algún día narraré. Basta, por ahora.

Han pasado algunos años. Estoy casi en los treinta. Mi manejo del español es cada vez más fluido, mejor que el de muchos de mis connacionales. Porque tengo la nacionalidad española. Con dinero, empeño e influencias se consigue todo en este país; no es tan distinto, después de todo, del mío de origen, tan corrupto, tan humano. Trabajo en Madrid, en los laboratorios de investigación de una multinacional, que hace tiempo descubrió que los científicos españoles son tan eficientes como los americanos y salen mucho más baratos, y me contrató antes de acabar la carrera. No me va mal; soy jefe de un sector de proyecto, tengo que estudiar permanentemente y viajar con frecuencia por Europa y América para mantenerme al día en mi especialidad, que me apasiona; trabajo a gusto, vivo con desahogo y puedo enviar todos los meses medio millar de euros a mi familia, allá, en Marruecos. A mí me supone una pequeña parte del sueldo, pero a cambio de mi sacrificio ellos saben que no han de molestarme, que no han de interferir en mi vida. Hace dos años me amenazaron con venir mis dos sobrinos de más edad; eso me movió a pedir un crédito protegido para el desarrollo, con el que les ayudé a montar un pequeño hotel para surfistas en las cercanías del pueblo, sobre la misma playa. Mis familiares están muy ocupados con el negocio, lo llevan medianamente bien, y ya han perdido las ganas de cruzar el Estrecho, porque todos ellos han conseguido empleo y sueldo fijos. Yo

controlo la empresa muy de lejos, aunque teóricamente el cincuenta y cinco por ciento es mío. Pero sé muy bien que nunca tocaré un dirham de los beneficios.

Todos los veranos, por vacaciones, cruzo el Estrecho con mi automóvil y acudo junto a mis padres y hermanos, pero sólo por unos pocos días. En seguida me harto del pueblo, y cada vez me siento menos vinculado a él. Me dicen, con admiración y algo de despecho, que me he convertido en un español; que mis gestos son de europeo, que hasta mi piel es más pálida ahora. Yo pienso que será de tanto comer chorizo y beber gin tónico, pero no lo digo, porque a ellos les sonaría a blasfemia, y prefiero no remover sus viejas creencias.

Adid es piloto de las Reales Fuerzas Aéreas. En realidad, vuela muy poco; está atrincherado en una oficina del Ministerio, en Rabat, cobrando un sueldo seguro y decente para los estándares del país donde nació. Está gordo y ha envejecido prematuramente; no es raro, porque se casó con una mujer muy tradicional, dócil en la calle, que casi no pisa, pero terriblemente mandona en el hogar. Le ha dado cuatro hijos y tres hijas. Casi uno por año de matrimonio. Y a mí me parece que tanta familia le chupa la sangre, la vida. Pero él es razonablemente feliz. Hace dos años que me envía cartitas por e-mail, desde su oficina. Yo le contesto siempre. Cuando nos vemos en el pueblo por el verano, porque siempre se las arregla para que sus vacaciones coincidan con las mías, parece querer aplastarme con su deseo. Yo le dejo estar conmigo una vez, una sola vez. Luego le recuerdo que está casado, que tiene sus deberes de padre de familia, y le pido que considere lo recién hecho por los dos como prueba de una amistad que no acabará nunca. Y evito volver a verle a solas en los pocos días que me restan de vacaciones. Como dispongo de un buen coche suelo acudir a una playa que él no conoce cincuenta kilómetros más al sur, donde me gusta practicar con los muchachos locales el mismo deporte que practicaron conmigo aquellos turistas europeos hace más de diez años... Me gusta contemplar la puesta del sol sobre el horizonte del Atlántico mientras siento un cuerpo poderoso aplastando el mío, penetrando en él. Me gusta sentir que el dueño de ese cuerpo pertenece a una cultura más simple, más auténtica que la europea a la que pertenezco yo, mal que me pese. Me gusta que ese cuerpo me obedezca ciegamente, haga exactamente lo que yo quiero, mientras su dueño cree que se aprovecha de mí y hasta, en su ignorancia, me desprecia. Me gusta embriagarme de Bach mientras mi cuerpo entero vibra de placer pagado.

Tener dinero es, a veces, muy dulce.

JUAN CARLOS

En el verano de 1990 Paco y yo decidimos pasar unas cortas vacaciones más allá del Estrecho. El se empeñó, yo no estaba muy convencido y, simplemente, cedí a su impulso, como tantas otras veces. Tenía curiosidad por conocer el norte de África: los zocos, el modo de vida, las playas. Pero había un aspecto del viaje, importantísimo para Paco, que no me ilusionaba en absoluto: el sexual. Después de cinco años de convivencia, pocas dudas podían quedarme de que Paco aprovecharía a la perfección las infinitas oportunidades de sexo fácil que le habían de surgir en Marruecos; yo, en cambio, me veía incapaz de disfrutarlas. La poca experiencia que había tenido en el trato con sujetos procedentes del Magreb me indicaba que éstos valoraban una sola cosa: el trasero de sus compañeros de juego. El mío, por la razón que sea, no se encuentra a gusto recibiendo visitantes; así que las oportunidades de practicar el sexo con estos activos moros me parecían muy escasas. Paco, por el contrario, posee una grupa insaciable, sedienta siempre de nuevas experiencias. Yo creo que tuvo tanto empeño en ir de vacaciones al otro lado del Estrecho porque había agotado ya las existencias de magrebíes emigrados a este lado, y quería comerse, una a una o a pares, los diez o quince millones de mininas juguetonas que le aguardaban entre Tánger y el Sahara.

Paco y yo nos habíamos adaptado bien a la convivencia; teníamos alquilado un piso amplio y céntrico, cuyas estancias nos repartíamos sin problema —un baño, un estudio y un dormitorio para cada uno, una cocina y un salón en común— y llevábamos una vida discreta de puertas afuera, y bastante movida —sobre todo Paco— en el interior de aquellas cuatro paredes.

Desde el comienzo decidimos llevar una relación abierta. Y así fue; aunque no me imaginaba yo al principio que lo fuera a ser tanto. Sobre la base fundamental de la pareja que Paco y yo formábamos se fueron superponiendo con el tiempo otras relaciones más o menos temporales, la mayor parte fugaces; yo ligaba muy poco, pero Paco tenía temporadas de furor anal, e infinitos machos de la especie respondían desde lejos a la atracción de las feromonas que parecía ir esparciendo mi compañero a su alrededor. Me agobiaba a veces aquel trajín que Paco se llevaba con sus infinitos ligues, pero también es verdad que se me presentaban no pocas ocasiones de disfrutar de las piezas cobradas en aquella incansable labor de cacería que efectuaba mi amigo por todos los rincones: saunas, parques, antros, discotecas, aceras y hasta despachos judiciales de Madrid. Paco mismo me avisaba a veces:

—Prepárate, que esta tarde a las siete viene a casa un mozo que te va a gustar. Hince el nabo como una perforadora, pero me parece que es redondo, y cuando se calienta le gusta que se lo hinquen a él también... Es jovencito y culón, te va a entrar hipo cuando le veas. Trabaja de auxiliar en la notaría de... Me lo he ligado entre

fichero y fichero.

Aparte de sexo, en la vida de Paco hay pocas cosas más, salvo el trabajo. Era —y es— un competente abogado, y gana una buena pasta en el despacho que comparte con otros dos colegas, a cuál más serio y más tieso. Si vierais a Paco mismo en medio de un juicio penal os asombraría su prestancia, su reciedumbre, la seguridad de sus gestos solemnes. Lo cual no obsta para que en otro momento se te confíe:

—Si hubieras visto, el Violador de Valdeacederas, cómo es... Estuve todo el juicio pendiente de su paquetón. Hasta embutido en un discreto traje oscuro se le marcaba... ¡Qué gilipollas! Si se hubiera dedicado a los hombres, en vez de a las mujeres, podría haber tenido tantas oportunidades de satisfacerse que ni se le hubiera ocurrido forzar a sus vecinas. Y ya ves: entre hombres acabará, en la cárcel. No te digo, la de veces que le van a violar a él. Y estoy dedicando todo mi esfuerzo para que en vez de ser violado durante dieciocho años quede la cosa reducida a ocho o nueve... A lo mejor le coge gusto, y luego hay que sacarlo de la prisión a la fuerza.

Paco es capaz de mezclar los temas más sagrados con los más rijosos, los más trágicos con la comedia libertina más carcajeante. Nuestros amigos dicen que hacemos mucho contraste. Es una forma sutil de acusarme a mí de serio y soso. Pero lo cierto es que en mi vida caben más cosas que el trabajo y el sexo. Y es que de sexo no me puedo quejar, pero mi trabajo no me satisface demasiado. Soy médico, pero la vida y la Seguridad Social me han ido llevando por unos derroteros en los que a duras penas me he convertido en un examinador minucioso de placas de rayos X correspondientes a gentes a las que casi nunca llego a conocer en carne y hueso; me he especializado en la detección de irregularidades de una zona del cuerpo humano que apenas sobrepasa los cincuenta centímetros cúbicos y cuya imagen radiográfica cabe en una placa del tamaño de una postal; gano un sueldo, tengo un status social decente, trabajo pocas horas al día y acudo a congresos en países lejanos de vez en cuando, a gastos pagados; pero mi labor es, verdaderamente, muy poco de médico. Aunque ya casi todos los colegas estamos acabando en trabajos semejantes: superespecializaciones para las que bastaría, probablemente, con un ordenador bien programado. Porque mi labor, tengo que reconocerlo, es más propia de una máquina tonta que de una persona.

Pero estoy derivando. Me ceñiré al relato. Estábamos en que, después de cinco años de relación bastante armoniosa y muy abierta, Paco y yo pisamos África por primera vez en la aduana del puerto de Tánger, cuando salimos del coche en el que habíamos bajado montados de las tripas del ferry de Algeciras. Apenas superado el obstáculo, Paco comenzó a otear descaradamente a los viandantes, mientras conducía yo de camino al hotel que habíamos reservado:

—Mira, mira aquél cómo se toca el paquete. O tiene ladillas, o un calentón que no se aguanta. ¿Y esas mujeres con minifalda? ¡Tapáos, guarras! ¡Ponéos un chador, o

algo así! ¡Estamos en África, y en este continente todos los hombres son para mí! ¡Qué desilusión! ¡Andan sueltas por la calle, haciéndome la competencia! ¡Yo creía que iban a estar todas encerradas!

Paco bromeaba, nervioso al verse en un continente nuevo, y sus frases no eran lo que se dice políticamente correctas. En realidad, nunca sabía uno hasta qué punto sus palabras eran un reflejo de lo que sentía de veras. Si sus muchas amigas de Madrid le hubieran oído... Hasta dentro del coche, los gestos de Paco llamaban la atención de los caminantes. Yo conducía con cuidado, intentando permanecer al margen de sus delirios. Llegamos al hotel. Paco se comió con la mirada al ascensorista, un mozo hermoso de cabello rizado que no le dio entrada, precisamente.

—Bueno, vamos a ducharnos —me dijo, una vez en la habitación—. Que tenemos que ir luego a ese bar, ¿cómo se llama? Ese del que dice la guía que se sale casi siempre con el esfínter anal más dilatado de como se entró...

—Pero eso será por la noche, y son aún las cinco de la tarde. Vamos a dormir un rato, que estoy cansado de tanto conducir —contesté, sin la menor ilusión.

Yo estaba excitado por la novedad de encontrarme en África, pero no había visto desde el desembarco a nadie que hubiera llamado mi atención. Tampoco me había seducido el aspecto de la ciudad, aunque es verdad que sólo habíamos recorrido un sector de la parte nueva. En ese momento me apetecían exactamente tres cosas: ducharme, echar un polvo ligero con Paco y dormir después una buena siesta. Se lo dije.

—En la ducha —respondió—. Así no perderemos tiempo.

Y así lo hicimos. Bajo la ducha templada, su agujero sabio chupó mi apéndice como sólo él sabía hacerlo, y me hizo eyacular con facilidad. El también estalló, sin apenas ayuda. Con el transcurso de los años, nos habíamos especializado en aquellos polvos minimalistas, delicados como una escena de teatro japonés y en los que nuestros órganos sexuales actuaban sin apenas acompañamiento de manos ni otras partes del cuerpo. Eran nuestra especialidad, y sustento de una conexión muy especial entre los dos; yo sabía que Paco se corría tan fácilmente porque era yo el que le penetraba, y a mi vez yo llegaba al orgasmo con una facilidad pasmosa al verme alojado dentro de él. Una especial complicidad que se perfeccionaba con el tiempo, y que contribuía no poco a perpetuar nuestra relación.

Quien no conociera a Paco podría pensar que esa noche no iba a tener ganas de probar el género local, después de echar un quiqui a las cinco de la tarde. De hecho, eso me pasaba a mí cuando nos encaminamos, después de cenar un pesado alcuzcuz en un restaurante cercano al hotel, al antro cuya dirección comprobábamos de cuando en vez en el plano de la ciudad, cotejando éste con las calles por donde íbamos andando. Yo me sentía pesado, había llenado demasiado el estómago para una noche de verano, y no tenía la menor gana de aventuras ni ligues. Pero el incansable Paco

me forzó a deambular por unas calles nocturnas que, siquiera por la leyenda romántica de la ciudad, se me antojaban inseguras.

El bar en cuestión tenía un aspecto demasiado parecido a lo que hubiera sido un antro de chulos en Madrid. La mayor diferencia estribaba en que, mientras en mi ciudad hay diez posibles clientes o simples curiosos por cada chulo, aquí había diez chavales, desde casi niños a bastante talluditos, para cada posible cliente. Eso, suponiendo que todos los hombres que tenían aspecto europeo fueran clientes. El local estaba atestado, y apenas habíamos conseguido llegar a la barra cuando un buen mozo, de unos veinte años, me abordó, hablándome en español y preguntándome si era la primera vez que visitaba la ciudad, y todas esas cosas que se dicen en una circunstancia como aquélla. Era un muchacho de aspecto agradable, cabello rizado y grandes ojos oscuros, un poco blandito, que inmediatamente dio por sentado que yo le pagaría una copa y, en cuanto la tuvo en la mano, comenzó a contarme una larga historia sobre un amigo que llenaba su vida pero se había ido a Holanda, y le había dejado muy triste y solitario... Encontré que el muchacho tenía facilidad de palabra; hablaba un andaluz bastante correcto y parecía enterado de las cosas de España; al fin me dijo que veía todos los días la televisión española, que en Tánger se sintoniza con la misma facilidad que en Algeciras. Estaba atendiendo a la larga narración del marroquí cuando Paco, que había desaparecido de mi lado, se hizo presente de nuevo y me llevó a un aparte, entregándome con disimulo su cartera:

—Toma, guárdamela. Que no me fío de llevarla en el bolsillo. Me voy unos minutos, media hora, y vuelvo después aquí mismo. Hala, que ya veo que tú también estás entretenido.

—¡No jodas...! Que no tengo ninguna gana de quedarme aquí solo.

—Todo lo más media hora, chao —y Paco desapareció de mi vista.

Volví a prestar atención a mi ligue, que me aguardaba en la barra. Siguió hablándome de su amigo holandés —o marroquí en Holanda, no acabé de enterarme — y me aseguró que se parecía mucho a mí, que tenía también barba, que le quería tanto y cuánto... Como discurso de chulo, me parecía novedoso y hasta precioso; el chico desgranaba una panoplia de sentimientos que le hacían parecer un poeta a mis ojos. Luego me he dado cuenta, conforme he ido conociendo a otros marroquíes, de que esa cualidad poética va implícita en la misma civilización que les impregna. Quizá los europeos nos hemos tenido que recortar las inclinaciones líricas como el pelo o las uñas, desterrando la poesía del pensamiento habitual y reservándola tan sólo para algunos momentos de ocio; gracias a ello, hemos podido crear esta civilización progresista y dominadora, que a veces nos resulta odiosa, pero de la que ya no podemos prescindir.

Se había tomado ya tres copas a mi costa, el chico, y me había colocado una china de hachís no muy cara. Comenzaba el pobre a comprender que no iba a conseguir irse

conmigo a la cama, cuando apareció de nuevo Paco. A pesar de la semioscuridad del bar comprendí que no traía buena cara.

—Tenía yo razón —dijo—. No era un tipo de fiar. Menos mal que te di a guardar la cartera. Me ha quitado el dinero que me había quedado para pagarle, y el reloj japonés de mil doscientas pesetas.

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupado.

—Perfectamente. Pero tendré que comprar otro reloj. Lo peor de todo es que ha sido un pulvus interruptus.

—Coitus —corregí.

—¡Mierda! —gritó—. ¿Una palabra, es todo lo que te preocupa en este momento?

Quedó enfurruñado y silencioso. Pagué las copas, dejé al chulito romántico mi paquete de tabaco empezado y volví con Paco al hotel. No me quiso contar más. Supongo que sufrió algo parecido a un atraco, pero por lo menos no resultó herido, salvo, quizá, en su amor propio. Mal comenzaba la aventura marroquí.

A la mañana siguiente, Paco me urgió a reemprender el viaje cuanto antes. Y abandonamos Tánger sin haberlo visto, prácticamente.

Fuimos recorriendo las ciudades de la costa, pero sin hacer casi paradas, como si nos persiguieran. Paco, como temiendo un nuevo atraco, no me dejaba visitar unas murallas, recorrer un zoco, callejear por una casbah. Paramos en varios pueblecitos pequeños a comer, dormir y zambullirnos en el mar, que, por cierto, estaba más frío de lo esperado; pasamos por Rabat y Casablanca sin enterarnos. Y así llegamos, en poco más de cuarenta y ocho horas, al pueblecito perdido en el Sur donde nos aguardaba uno de los encuentros más agradables que he tenido en la vida. Digo mal: el más agradable.

Una mañana dejamos el coche justo al borde de una playa desierta. Buscamos un sitio resguardado de miradas y nos pusimos a tomar el sol en pelotas, después de fumarnos un peta fabricado con los últimos restos de la piedra que me había vendido mi chulito de Tánger. Un rato más tarde alguien nos llamó a gritos desde lejos: la marea estaba subiendo, y el mar engullía rápidamente la playa. Nos alertaba un chico joven, que nos indicó que trepáramos por las rocas hasta donde él estaba. Lo hicimos así, tropezando por la torpeza del colocón de hachís. El mozo se había instalado con un amigo de su edad, seguramente para hacer el amor sin testigos, en una especie de nido entre las rocas. El lugar era estratégico, se dominaba desde él todo el playazo, o lo que quedaba de él tras la subida de la marea. Pensé que Paco y yo habíamos estado siendo espiados por la parejita mientras tomábamos el sol en pelotas, y, vistos los dos chavales, no me resultó desagradable la idea. Eran atractivos: uno, de complexión más fuerte, era casi negro, y se veía enseguida que era el que llevaba la voz cantante. El otro, más delgado, tenía un cuerpo estilizado y flexible y un bellísimo color de

piel. Ambos exhibían unas sonrisas capaces de desarmar al más prejuicioso de sus interlocutores. Me gustaban los dos, pero me sentí en seguida fuertemente atraído por el de piel más clara. Era un ejemplo perfecto de morito joven, de grandes ojos muy oscuros y pelo rizado, dientes blanquísimos... A qué seguir describiéndolo. Me gustaba, ciertamente. Por otra parte, observé que Paco miraba con fijeza, como suele hacer con todo descaro, al paquete del negrito. Allí teníamos trabajo para los dos.

Y no imaginaba yo que iba a ser tan fácil. Los moritos tenían una casa para alquilar. Era una auténtica ruina, pero no nos costó mucho decidírnos. Paco, con esa facilidad de ligue que tiene, quedó con el negrito para la noche, y yo insistí en que viniera acompañado de su amigo, cosa que me prometió, aunque me pareció que el amigo no estaba muy por la labor.

Pero aparecieron al atardecer los dos, el negrito muy animado, más tímido su amigo. Trajeron nuevas provisiones de hachís, y nos pusimos los cuatro, como suele decir Paco, «hasta el culo de humo». Enseguida comenzaron mi amigo y el negrito a hacerse bromitas, a toquetearse... Desaparecieron en el interior de una caseta de madera que servía de baño y muy pronto se les oyó cómo hacían el amor sin remilgos. Mientras tanto, el morito —Mohammed, se llamaba— y yo íbamos más despacio: se le notaba tímido y desacostumbrado a lo que estaba haciendo, y no quise forzar la situación. Estaba claro que no era un profesional, como su amigo. Viendo la indecisión, quizá el temor que se asomaba a sus grandes ojos negros y brillantes, me sentí embargado por un sentimiento de ternura muy profundo. Intercambiamos alguna frase medio en francés medio en inglés, le acaricié el suavísimo pelo ensortijado. En esto aparecieron de nuevo, recién duchados, salpicando agua, Paco y su negrito, que volvieron a meterse a todo correr en la casa, riendo y dando gritos de gusto. Nos tocaba a nosotros el turno de ducha. Y no creo que pueda olvidar nunca el temor y la curiosidad con que Mohammed me refrotó con la mano jabonosa la piel velluda, que evidentemente era una novedad absoluta para él. Luego fui yo el que recubrió de espuma su suavísima epidermis. Le di un beso en la boca, y me pareció la entrada del Paraíso. Pero en el Paraíso entré poco más tarde, previa colocación de preservativo... No la tengo de un tamaño despreciable, pero Mohammed estaba acostumbrado a Adid, que ostentaba unas dimensiones muy parecidas —sobradas oportunidades de comparar los dos aparatos tuve en los días que siguieron— y su agujerito se fue abriendo despacio, delicadamente, para alojarme en su interior. Su piel parecía recorrida por corrientes eléctricas al responder a mis caricias; la pollita se mantenía erguida por sí sola, sin necesidad de ayuda manual, mientras la mía comenzaba a bombear en su interior despacito, y cobrando luego más fuerza cada vez. Noté que la sensibilidad de Mohammed era muy parecida a la de Paco, sus puntos calientes los mismos. Por un momento me imaginé que había capturado entre mis brazos a un Paco adolescente, quince años más joven. Así debía haber sido mi amigo en los años

de su primera juventud, que yo no conocí: una figura esbelta y resbaladiza, una piel de seda hambrienta de caricias delicadas, unos huesos flexibles, un cuerpo capaz de adaptarse al mío como una serpiente, susceptible de flexionarse sin esfuerzo hasta adoptar las posturas más difíciles y extrañas, siempre alrededor del punto central del mundo, del aleph: mi sexo, a punto de estallar dentro de su escondite precioso. Cambiamos mil veces de postura, siempre yo dentro de él; luego nos fuimos los dos, catapultados a la vez en un vuelo de placer que nos dejó casi sin sentido.

Nos duchamos y volvimos a la casa. Nuestros amigos dormían plácidamente, muy juntos, en la habitación interior. Sacamos al otro cuarto un par de colchonetas y unas sábanas y nos acostamos, abrazados. Mohammed me acariciaba el pecho, definitivamente prendado de mi vello. Pero muy pronto quedó dormido en mi regazo. Y no quise despertarle. Su respiración parecía una continuación de la mía, sincronizadas las dos. Yo me dormí también.

Aquella noche, Paco cometió una imprudencia: bebió agua del pozo. Y al día siguiente había contraído una enterocolitis galopante. Reaccionó muy pronto a los medicamentos que le administré, pero quedó tan débil que, cuando al atardecer siguiente volvieron los muchachos a la casita, tuve que vérmelas con los dos yo solo. Mejor dicho, tuvo que vérselas Mohammed con su amigo Adid y conmigo. Y estuvo plenamente a la altura de las circunstancias: ahí volví a comprobar su gran parecido con Paco. Tengo yo observado que los que vamos de penetradores por la vida somos en realidad mucho más limitados que los que van de penetrados: sólo poseemos un taladro, y, más pronto que tarde, nuestra broca de hierro se convierte en blanda mantequilla, dejándonos inútiles. En cambio, los que saben utilizar sus agujeros son capaces de dar cuenta de sus taladradores a pares; y cuando sus invasores demostramos nuestra hombría es precisamente en el mismo momento en que nos quedamos sin ella. Mohammed, igual que Paco, era una mantis religiosa: en el acto sexual nos devoró a Adid y a mí, y salió fortalecido del trance.

Tiendo a teorizar demasiado; pero esta es la única manera en que puedo explicar lo acontecido aquella noche, mientras Paco dormía pacíficamente en la habitación de al lado. Mohammed chupó, absorbió, exprimió, nos devoró a los dos, se apoderó de nuestro líquido esencial. Nuestros dos cuerpos de machos se rindieron al suyo. Mantis religiosa, he dicho bien.

El negrito Adid tenía un cuerpo muy hermoso, con músculos flexibles que se dibujaban bajo su piel brillante y componían una figura atlética y elástica. Hice muchos esfuerzos para acariciarle, quise besar sus gruesos labios, enlazar mi lengua con la suya, ancha y sonrosada, mientras Mohammed se ocupaba eficazmente de los bajos de ambos; pero poco conseguí. Firmemente atrincherado en su papel de macho, apenas se dejaba acariciar, y rechazaba un beso que fuera más allá de un roce de labios. Particularmente me atraían sus tetillas, negrísimas y de soberbios pezones

hinchados de vida. Estaba seguro de que debían ser muy sensibles, pero no toleraba ni siquiera un roce de mis dedos en ellas. Al cabo de varios intentos fallidos, tuve que conformarme con contemplarlas mientras acariciaba las más pequeñas de Mohammed, que tragaba con golosura mi prenda más preciada a la vez que recibía en el trasero la de su amigo. Al cabo, Adid y yo nos deshicimos en el orgasmo, y en seguida intercambiamos los papeles, el negrito entrándole a Mohammed por la boca y yo por el lado opuesto. Y entonces fue cuando Mohammed demostró su poder, y nos devoró. Su fuerza sexual se apoderó de nosotros, y por unos minutos sentí que éramos dos ridículos machitos manejados por alguien que tenía infinito más poder sexual que nosotros dos juntos. Las caderas del morito zarandeaban mi cuerpo al tragárselo entre sus nalgas, y frente a mí Adid aullaba de placer al ser devorado también por las fauces de la mantis. Qué noche.

Pasó la semana con demasiada rapidez. Las noches eran de sexo, los días de sol y playa, baños y siestas. Y mucho té verde, hirviendo y muy azucarado. Es sorprendente lo poco que necesita el cuerpo para sobrevivir en plenitud en estas latitudes: apenas hicimos alguna excursión al restaurante del pueblo, apenas comimos otra cosa que un pescadito recién capturado y la sempiterna salade niçoise, casi sin condimentar. Y té, mucho té verde a todas horas del día. Tanto Paco como yo veníamos de la fría Europa con alguna grasa de más en el cuerpo, y nos libramos de ella en una sola semana de semejante régimen. Era una vida sana y placentera. Pero se hacía hora de volver. Y teníamos intención de hacer una visita rápida a Marrakech antes de regresar al Norte. Invitamos a nuestros amigos: Paco no deseaba desprenderse de su amable negrito, y yo sentía verdadera pena de tener que despedirme de Mohammed, al que había comenzado a tomar un afecto muy profundo. Llevándolos a Marrakech prolongaríamos un día más nuestra relación. Así, pensando en proporcionar a la misma un broche de oro, terminamos los cuatro en dos habitaciones comunicadas de un viejo hotel de la gran ciudad, que cincuenta años antes debía haber sido de lujo.

El mozo de maletas era un negrote enorme, como de treinta o treinta y cinco años, con un bicho indisimulable abultando en la bragueta. Paco reparó en ello inmediatamente, y con habilidad acordó un encuentro con el sujeto en la misma habitación. Yo estaba indignado; pero Paco no iba a dar su brazo a torcer. Le conocía bien. Estábamos todavía haciendo turnos en la ducha y pasándonos un grueso porro de boca en boca cuando llamó el negrote a la puerta de nuestro cuarto; Paco, recién duchado, le condujo a la estancia contigua, mientras nosotros tres, algo alterados y frustrados, terminábamos de acicalarnos en el único baño de que disponíamos. Al poco rato apareció Paco en el umbral de la puerta que comunicaba las dos habitaciones, gritando:

—¡Tenéis que verla, tenéis que verla! ¡La mayor que habéis visto en vuestra vida!

Entramos en tropel. Tumbado en una cama estaba el negrote, desnudo de cintura para abajo. Del centro de su cuerpo subía hacia el cielo una torre de Pisa, negra y brillante como el charol. Yo sí recordaba haber visto una pieza parecida: en alguna película pornográfica, y no me había quedado muy convencido de su realidad. Pensé que era algún truco de cine. Ahora tenía ante mis ojos una igual, pero sin engaño posible: no daba crédito a lo que veía.

—Tócala, tócala —me invitó Paco.

El negrazo sonreía, invitándome a ello. Tomé el artefacto con las dos manos: estaba durísimo, y la arteria que recorría su envés latía poderosa, inyectando y manteniendo la presión de un litro de sangre en aquel cuerpo cavernoso. Era una maravilla de museo, y sentí latir mi corazón de asombro, de excitación, de miedo.

—Yo ésta me la calzo —dijo entonces Paco en mi oído, con voz reposada.

—¿Estás loco? —repliqué.

Pero sabía que la decisión de mi amigo era firme.

No era la primera vez que asistía a las proezas de Paco, fruto de su manía por hacer pasar a través de su esfínter anal los objetos más inverosímiles. En cinco años de convivencia, mi artefacto había tenido que compartir su trasero bastantes veces con otro, porque le encantaba hacer sitio a dos a la vez. La operación es un poco complicada hasta que se da con el truco, pero cuando consigues distribuir los volúmenes de tu cuerpo y los del de tu colega para que no se estorben demasiado, se consigue poner juntas las dos pollas, erguidas como dos gruesos espárragos saliendo de la tierra, pegadas una a otra; Paco ya era un maestro en aquellos lances. Se sentaba sabiamente sobre el mínimo ramillete —dos— de espárragos y lo tragaba con relativa facilidad. En una ocasión intentó hacerlo con tres al mismo tiempo; pero sus colaboradores no pudimos encontrar la postura adecuada, no hubo forma de hacer un haz con aquellos tres espárragos y Paco tuvo que contentarse con engullirnos por etapas, en combinaciones de dos en dos, mientras se dedicaba a trabajar el tercer elemento con la boca. No descansó ni nos dejó descansar a los demás hasta que logró completar a plenitud las tres combinaciones posibles.

En el modo de obrar de Paco siempre he advertido un eco de aquella famosa manía sadiana: combinaciones, repetición, variaciones plenamente precalculadas sobre el mismo tema... Nada de dejarse llevar por la inclinación del instante, por la inspiración casual; cumplir exactamente con una partitura prefijada. Y pasar a través del malestar o incluso del dolor con determinación de iluminado, hasta completar el programa previamente establecido.

Pero empeñarse ahora en cumplir con aquel falo gigantesco, seguramente el mayor que habíamos visto él y yo en nuestra vida entera... Dudé de que fuera a conseguirlo, y temí que el empeño trajera algún problema grave de desgarró anal; pero sabía muy bien que, cuando al trasero de Paco se le antojaba un capricho, no

había más remedio que consentírselo. Así que me resigné a lo inevitable, coloqué un preservativo que quedó tensísimo sobre la dura estaca del negrote, lo estiré para que llegara lo más abajo posible —dio de sí más de lo que yo esperaba, menos mal— y embadurné todo aquello de gel, incluido el trasero de Paco.

Me pidió que le hiciera aspirar un poco de poppers. Yo tengo mis reservas sobre ese producto, porque puede provocar infartos en personas que tengan el corazón delicado; pero, además, por aquel entonces, año 90, había una línea de investigación que sospechaba —luego se evidenció que sin fundamento— que la inhalación de aquel vapor debilitaba las defensas y favorecía el contagio por el VIH. No estaba conforme con su uso, pero facilité a mi amigo el frasquito que me solicitaba. Paco aspiró el repugnante vapor y forcejeó, sentado sobre aquel pivote, más propio para servir de portaamarras en un muelle portuario que para usos sexuales. Gimió y lloró, y al fin logró comérselo. Entraba muy poco a poco. Supongo que Paco disfrutaba con su propio dolor, pero yo no estaba muy satisfecho, me dominaba la inquietud. Y eso que el canuto que acabábamos de fumarnos me estaba agarrando ya entre sus humos, y ayudando a despertar en mí un instinto de curiosidad muy vivo. Examiné, admirado, desde muy pocos centímetros de distancia el proceso de dilatación de aquel flexible labio redondo, y vi cómo la cabeza aguzada del obelisco se asomaba a su interior; luego, la carne de Paco fue tragándose la del negro, poco a poco, muy poco a poco, como una boa que estuviera ingiriendo una presa de gran tamaño. La pilula de mi amigo no se había molestado en erguirse; permanecía flácida. Y, en esto, comenzó a salir de ella un hilillo de líquido blanco. Estaba eyaculando, en un orgasmo continuado, sin espasmos. No expulsaba el esperma, simplemente se le salía, supongo que en un contagio de laxitud de esfínteres. De pronto, Paco comenzó a forcejear para escapar del obelisco y, profiriendo un aullido, dio un salto y quedó encogido, tumbado en la otra cama. Si la operación entrada había durado diez o quince largos minutos —imposible saberlo— la de salida se había desarrollado en dos o tres segundos.

Sabía que tenía que acudir cuanto antes al botiquín, donde ya había lista para su uso una pomada adecuada para las secuelas de semejantes exageraciones; pero lo que siguió me hizo retrasarme, sin hacer caso de los lamentos de Paco, que reclamaba mi mano experta para el consuelo de sus heridas de guerra.

El negrazo se había quitado el preservativo y estaba procediendo a masturbarse con ambas manos. Eran unas manazas fuertes y grandotas, pero tenían sobrado campo para deslizarse arriba y abajo de aquella cucaña. Pero el joven negrito, Adid, le hizo detenerse gritándole no sé qué cosas en su idioma. Yo no había reparado en él en los últimos minutos, pero ahora me daba cuenta de que había prestado tanto interés como yo a la operación, y ahora estaba más que excitado: enloquecido. Colocó un nuevo preservativo en el monumento, que permanecía erguido en todo su esplendor,

arrancó la toalla que cubría a Mohammed, le tomó por la cintura, elevándole con fuerza, e intentó repetir a su costa la proeza que había culminado Paco con éxito y dolor. El morito estaba paralizado por el terror, y encima su amigo le gritaba al oído un montón de cosas en su idioma, entre las que distinguí, intercaladas, algunas palabras que había yo dirigido a Paco unos minutos antes:

—Jamalajá, mala puta, jamalajá, condón, jamalajá, mala puta...

Tenía que haber impedido aquella actuación, que era una especie de violación monstruosa. Pero no me sentí capaz. Entre los humos de hachís y la excitación, me vi sin pensarlo embadurnando de crema el trasero del pobre chico. Y luego le di a aspirar el poppers, con el sentimiento del verdugo misericordioso que da un veneno rápido al reo antes de encender la hoguera. Pareció que se ahogaba; su amigo le cogía de las caderas y apretaba de él hacia abajo, intentando clavarlo en el cacharro del negrote, que no paraba de sonreír, sin moverse un centímetro, sin hacer nada, como si aquello no fuera con él. El rostro del muchacho se congestionó. Y, de pronto, Mohammed empezó a bajar, y el obelisco se fue introduciendo en él con una facilidad pasmosa. El pobre chico me miró, con los ojos muy abiertos, sin pronunciar un quejido; luego abrió la boca... Y creí que se moría. Cerró los ojos y quedó inmóvil. En ese momento me di cuenta, de improviso, de todo lo que le había comenzado a querer. Sin pensarlo más, di un tremendo tirón al pelo rizado de Adid, y conseguí que soltara su presa; pero Mohammed estaba ya hincado al palo, como un colgajo, como sin vida. Y, entonces, eyaculó. A borbotones, su pollita erguida, valiente, animosa disparó varios cañonazos que nos acertaron a todos, a varios metros de distancia. A mí me dio entre ceja y ceja, pero ni me molesté en pasarme la mano para limpiarme. Cogiéndole de las axilas le levanté en vilo, sacándole de la estaca que lo sujetaba. Estaba sólo desmayado. Me di cuenta entonces de que el negrazo se había corrido en su interior. Se estaba ahora quitando él mismo —por fin hacía algo— el condón, que aparentaba estar considerablemente cargado de líquido seminal, acorde con el tamaño de la fuente. Luego se incorporó, se puso de nuevo los pantalones y escapó rápido de la habitación, con un «que tengan un buen día los señores» en francés.

Mohammed seguía sin conocimiento. Adid, vuelto de repente a sus cabales, intentaba reanimarle. Le aparté bruscamente, y me oí decir en español, con toda la mala leche de que soy capaz:

—Como te acerques a él, te mato.

Me entendió perfectamente, porque retrocedió, asustado y respetuoso. Yo saqué del botiquín la eficaz pomada que tan buen resultado había dado desde antiguo en el esfínter de Paco, me embadurné la mano y repasé el interior del chico, buscando una posible erosión o fisura. Afortunadamente, no había daño alguno. Y eso que el esfínter había quedado enormemente dilatado. Cuatro dedos de mi mano bailaban dentro de él, distribuyendo la crema viscosa por las paredes de aquel pozo. Adid

volvió a acercarse con temor, y comenzó a dar aire en el rostro de su amigo con ayuda de un folleto turístico. Poco a poco, la cara de Mohammed volvió a llenarse de vida, y sus ojos de asombro.

—No pasa nada —le dije, aparentando calma—. Te has desmayado, eso ha sido todo.

Volví a sentir que le quería. Aquel muñequito de piel adorable, tan joven, tan tímido, y... tan capaz de sentir a Bach... El cuerpecito delgado, bien hecho, flexible; la piel morena, suavísima; el maravilloso pelo negro, ensortijado; los labios gruesos; los ojos enormes, y aquella sonrisa tan blanca, tan sincera, que parecía traer recuerdos del Paraíso Terrenal...

Porque Mohammed me sonreía. Fue su segunda expresión, tras el desmayo. En cuanto se le pasó el susto, me sonrió. Y yo pensé por un momento que no podría alejarme más de aquel chico.

Ya estaba la dilatada cavidad de Mohammed bien embadurnada de aquella pomada antiséptica y calmante; sin embargo, seguí acariciándola durante largo rato. Los cuatro dedos de mi mano derecha me gritaban, pidiendo la compañía del pulgar; yo sabía que la mano entera podía desaparecer en el interior del chico sin esfuerzo alguno. Estaba tentado a hacerlo, y hubiera sido lo más natural; la sonrisa agradecida de Mohammed me estaba pidiendo que explorara su interior, aprovechando aquella magnífica oportunidad; pero no me decidí. Me pareció un abuso hacerlo, en aquel momento. Y el pulgar permaneció afuera, sin entrar, aunque los otros cuatro dedos siguieron todavía un buen rato acariciando el intestino palpitante.

Con todos aquellos acontecimientos, la visita turística a la ciudad se vio menguada y deslucida. Mohammed y Paco se quedaron recuperándose en la habitación, y salimos Adid y yo a dar una vuelta por los zocos y la plaza. Al comienzo, Adid estaba pesaroso y avergonzado; ya no mostraba aquella inagotable sonrisa de antes. Poco a poco fue recobrando la palabra, para decirme que todo había sido un rapto de locura, que no comprendía cómo había obrado así con su amigo. Y, en un momento dado, en plena calle, rompió a llorar como un niño, pidiéndome perdón entre hipos y diciendo cosas como que no merecía estar vivo, que había traicionado la amistad con Mohammed, y un montón de cosas más que no pude entender. Luego, recobrándose, me hizo entrar con él a una casa de baños que conocía de alguna estancia anterior. Maldita la gracia que me hacía, pero me dejé arrastrar hasta ella. No hará falta describirla: era, en realidad, demasiado parecida a una sauna madrileña, aunque mucho más cutre y con profusión de azulejosseudogranadinos. Afortunadamente había muy pocos parroquianos; yo no estaba para ligues. Pero Adid me hizo meterme con él en un cubículo. Sólo había una percha en la pared y una banqueta de madera. Adid se quitó la toalla que llevaba a la cintura y la colgó de la percha, y se colocó de bruces sobre la banqueta, diciéndome en español:

—Dame por culo.

Al pronto, pensé que no podría satisfacer su deseo, porque a mi anterior mal estado de ánimo se había sumado una paralizante sorpresa. Comprendí rápidamente que el muchacho pretendía que le administrase lo que él consideraba un castigo por su mala acción del hotel; y entonces... Me fui sintiendo cada vez más capaz de proporcionarle la punición que solicitaba. Las oscuras nalgas poderosas me estaban llamando, eran como centinelas que escoltaban a ambos lados el agujerito de entrada hasta entonces prohibido. Comencé a sacudirles cachetes, luego tortazos, cada vez con más fuerza; Adid aguantó la paliza sin un gemido. Me dolía ya la mano, y allá estaban aquellos dos globos de músculo duro, cada vez más abultados, cada vez más hermosos. Los pellizqué, los mordí con fuerza; Adid emitió un primer grito de dolor, levanté la cabeza y vi que mi dentadura había quedado marcada con viveza en su nalga izquierda. Hasta entonces, había soportado todo el castigo en silencio. Me pareció de pronto que estaba yo también perdiendo el sentido de la medida. Y cesé en el castigo. Las nalgas de Adid ardían, el muchacho volvía a su silencio, esperándome.

—Dame por culo —repitió—. Castígame.

Afortunadamente, previsor, me había traído hasta aquí la cajita de los condones. Me puse uno —estaba en erección desde los comienzos de la paliza al negrito— mientras le decía:

—Ponte saliva.

Le metí la mano en la boca, y me la embadurnó con saliva en abundancia. Deposité una buena cantidad sobre el agujerito obstinadamente cerrado de mi compañero, y comencé a jugar con los dedos para írselo abriendo. Logré introducir el dedo corazón, y Adid no pudo reprimir una exclamación de dolor. Pensé que, probablemente, estaba inaugurando aquel conducto; que nadie debía haber entrado nunca por allí. Verdaderamente, estaba muy estrecho. En esto, volvió a mi mente la imagen de Adid sosteniendo a su amigo, empalándolo en aquel falo monstruoso del mozo de hotel; me entró una rabia, un furor como si hubiera aspirado nitrato de amilo, y atacé con mi lanza aquella estrecha puerta. Hice unos esfuerzos brutales; me dolía la verga, machacada contra aquel portón casi cerrado; pero al cabo logré comenzar a penetrarle. Adid aullaba de dolor sin poder contenerse, y yo, recordando la escena del hotel, redoblaba mis esfuerzos. Quedó finalmente mi trasto hundido hasta la raíz, aprisionado dentro de aquel ano ex-virgen, cuyas paredes me apretaban extraordinariamente. Comprobé que mi víctima no estaba empalmada; verdaderamente, Adid estaba sufriendo una violación, querida por él, pero violación al cabo; no estaba disfrutando en absoluto. Le estaba infligiendo un castigo real, no simulado. Le agarré los negros pezones con ambas manos y tiré de ellos con fuerza, estirándolos como si fueran de chicle. Volvió a aullar. Se los retorcí con saña. Le grité al oído:

—Es tu castigo. Te lo mereces, mala puta.

—Sí, sí, soy una mala puta —respondió, con voz desfallecida.

Y entonces, noté que comenzaba a empalmarse. Yo, por mi parte, no podía aguantar más: di unos cuantos empellones a mi víctima y me corrí... una de las corridas más largas que he tenido en mi vida. Tan pronto cesaron los espasmos, bajé de la nube del placer y pensé: «a ver si ahora voy a necesitar yo un castigo, por haber violado a este muchacho de esta manera tan brutal...». Pero sólo fue un pensamiento fugaz.

Salí del interior de Adid. Tenía la polla machacada, dolorida. Me quité el condón, y me limpié con un clínex, negándome a la solicitud del negrito, que quería limpiármela con la boca, olvidándose de todas las reglas de sexo seguro. Ahora estaba él empalmado, y quería proseguir su castigo, castigo ahora plenamente conformado por sexo masoquista. Hasta este momento, para él el dolor había sido sólo dolor; ahora comenzaba a ser también placer. Yo estaba agotado, y al fin encontramos una solución de compromiso; se tumbó en el duro suelo, me senté sobre su cara, y hundió su lengua, aquella lengua que anteriormente no había consentido en jugar con la mía, en mi trasero, limpiándolo con cariño mientras se masturbaba y yo seguía atormentándole los pezones. Verdaderamente, tenía la lengua hábil; me sentía invadido por ella, y comencé a experimentar de nuevo el deseo; pero entonces Adid estalló, y mientras me daba un sorbetón que me pareció que iba a aspirar mis entrañas, dejó el pequeño cubículo plagado de goterones dispersos de su savia. Aquel hermoso cuerpo parecía haber estado esperando dieciocho años para llegar a la plenitud de su entrega. E, ironías del destino, fue a mí, casi un extraño, a quien se entregó.

Costó tiempo ir reanimando a Adid; había quedado agotado. Yo también estaba cansado. Pero, cuando media hora más tarde, bien duchados, salimos a la calle, un Adid nuevo, con una sonrisa de oreja a oreja, de movimientos vivos, saltarín, contento como unas castañuelas, chapurreaba sin cesar historias y explicaciones a mi lado, mostrándome las maravillas encerradas en los callejones de la ciudad.

—No le digas a Mohammed ni una palabra de lo que hemos hecho aquí. Ni a Paco —me había pedido, al salir de la casa de baños.

Y así fue. Jamás he contado a Mohammed nada de lo que pasó entre su amigo Adid y yo. No se lo creería, además. Respecto a Paco, probablemente lo adivinó. Es muy listo, y no se le escapa nada de lo que ocurre a su alrededor. Pero nunca me ha hecho un sola pregunta sobre el asunto.

A la caída de la tarde recogimos a nuestros compañeros en el hotel. Estaban ya recuperados de la aventura. Sugerí a Mohammed darle un nuevo repaso íntimo con el milagroso ungüento calmante, y advertí que el esfínter había recuperado casi por completo la elasticidad y resistencia habituales: a duras penas conseguían entrar por

él los cuatro dedos de mi mano derecha, que unas horas antes se paseaban como el badajo por el hueco de una campana dentro de aquel mismo agujero. Pregunté en privado a Adid si quería que comprobase el buen estado de su esfínter, pero me dijo que él mismo se administraría el ungüento. De buen humor, muy profesional, el negrito se brindó a procurar a Paco el mismo servicio sanitario que yo estaba administrando a Mohammed; y Paco, siempre él mismo, se aprestó a disfrutar en lo posible —poco, dadas las circunstancias— de aquellos cuidados. Luego salimos a la plaza, y en seguida nos sentamos a cenar en la terraza de un restaurante. Advertí en seguida que el único de los cuatro que permanecía en su silla sin experimentar molestia alguna, sin cambiar continuamente de postura, apoyando plenamente las dos nalgas en el asiento, era yo... La situación tenía su gracia.

A la mañana siguiente volvimos al pueblo. Tuvimos un desagradable incidente con la policía de carreteras, que se saldó con un soborno llevado a buen término gracias a la sangre fría de Paco, que derrochó sus saberes, actuando con dignidad y firmeza, con ese aplomo aprendido de su oficio ante los Tribunales de Justicia españoles. Nos quedamos prácticamente sin dinero, sólo con unas cuantas monedas y unos billetes pequeños. Por suerte, Paco conservaba la visa, y no tuvimos demasiados problemas hasta que pasamos el Estrecho y llegamos de nuevo a casa.

Nos despedimos de nuestros amigos de una manera un poco brusca. Recogimos algunos trastos que habíamos dejado en la casucha, y metí con prisa el cassette y las cintas de Bach en una bolsa de plástico, junto con una tarjeta de visita mía; al irnos, di a Mohammed un beso en aquellos labios carnosos y frescos que ya probablemente no iba a saborear más y le entregué el improvisado regalo. Bendigo el impulso que me llevó a hacer aquello, porque un mes más tarde apareció en el buzón de mi casa un sobrecito y dentro una carta pulcramente escrita a mano, en francés, de Mohammed. Me decía que era un fracasado, que había perdido la beca, que ya nunca podría cumplir sus sueños de estudiar en Francia. Que su compañero había vuelto a la escuela militar y él había quedado solo en el pueblo, y que no tenía intención de volver con él, porque además Adid, el negrito Adid, se casaba. La carta estaba llena de desolación; aquellas frases tenían una ampulosidad sentimental y romántica que en otro autor hubieran dado vergüenza ajena; no estamos acostumbrados a manifestar así de patentemente nuestros sentimientos. Pero viniendo de aquel muchacho del que casi me había enamorado, me emocionó infinito. Me pareció que era un deber ineludible acudir en su socorro. Además —y eso era lo principal— tenía ganas de estar con él, muchísimas ganas. Al verme de nuevo con Paco en nuestra casa de Madrid me había embargado un sentimiento ambiguo: por una parte, la satisfacción de saberme de nuevo en mi lugar, en la seguridad de lo cotidiano; por otra, el remordimiento de haber dejado en un pueblecito de Marruecos una parte de mí mismo.

Escribí inmediatamente a Mohammed, ofreciéndole nuestra casa —pedí permiso a Paco, que me lo concedió— durante unos meses; le explicaba que no sería demasiado difícil conseguir una matrícula para proseguir estudios en España. Al día siguiente hice algunas consultas en el banco, y acabé adjuntando a mi carta un cheque de cincuenta mil pesetas. El detalle del cheque no lo ha sabido nunca Paco; se hubiera reído de mí y de mi sentimentalismo. Nunca pedí explicaciones sobre el destino de aquel dinero ni Mohammed me las dio; pero supongo que le tuvo que servir para arreglar los papeles y pagarse el transporte hasta Madrid. Haciendo averiguaciones entre amigos y conocidos, conseguí que ofrecieran a Mohammed una beca irrisoria en una escuela de Artes Aplicadas de nombre solemne y realidad rastrera; y así acabó viniendo a Madrid, supuestamente a seguir un cursillo de dos meses sobre vidriado de cerámica. Una vez aquí, ya resultó más fácil completar sus certificados de estudios y convalidar los mismos, y un año después mi buen morito, hablando ya un castellano casi correcto, comenzó a asistir a clase en la universidad. Ya para entonces se había procurado alojamiento propio. Yo sentí que se fuera de casa, y creo que Paco también; porque al menor descuido aparecían fregados los platos sucios, recogido el polvo del salón, regadas todas las macetas... Mohammed era trabajador, y muy agradecido. Sabía —y sabe— hacerse querer.

Yo siempre me he sentido un poco padre con él; y como buen padrasto me enorgullecí cuando fue demostrando curso tras curso su valía. Cuando se tituló ya tenía un contrato de trabajo en la mano, para los laboratorios de una multinacional afincada en un polígono tecnológico. Y luego le han ido bien las cosas. Tiene casi treinta años, es brillante en lo suyo, disfruta con su trabajo y no olvida comer con Paco y conmigo una vez por semana, generalmente los domingos. Y a veces, según vayan las cosas, se echa una siesta con nosotros. O, por lo menos, conmigo. Paco no le hace ascos; aunque no son muy compatibles sexualmente los dos entre sí, Paco dice que el morito tiene un cuerpo que da calor en invierno y refresca en verano. Que Mohammed y él constituyen mi harén, y que las mujeres de un harén acaban siendo un poco lesbianas.

PACO

Nadie comprende cómo puede Juan Carlos aguantarme desde hace quince años. Tampoco es fácil de entender cómo puedo haberle aguantado todo ese tiempo yo a él. Somos tremendamente distintos: casi todo lo que me gusta a mí le da asco a él, y viceversa. Sin embargo lo hemos conseguido, y creo yo que todavía nos queda un largo trecho por recorrer juntos. La razón es, me parece, que nunca hemos cedido ninguno de los dos nada propio nuestro en favor del otro. O sea, que ni yo me he contenido de echar plumas como un almohadón rajado siempre que me ha dado la gana, ni él ha bajado nunca de su pedestal de machirulo de gestos bruscos y estereotipados ni se ha afeitado jamás esa barba fea y descuidada de progre antiguo, que ya empieza a tener demasiadas canas. En realidad, ninguno de los dos hemos cedido nunca nada en favor del otro, y por tanto no tenemos nada que echarnos en cara en los momentos difíciles. No hay cosa peor que el sacrificio que alguien asume por ti: acabará pasándote la factura, tarde o temprano. Lo hacen los padres a los hijos, lo hacen los amantes a sus parejas; el esforzado y altruista sacrificio de hoy es disensión y resentimiento para mañana, albarán que queda en el fondo del alma para resurgir al cabo del tiempo en forma de factura contundente. El que siembra sacrificios recoge ajustes de cuentas.

Pero el objeto de estas hojas de papel que me has pedido que rellene no tiene nada que ver con las consideraciones morales. Se trata de contar aquellas vacaciones, demasiado cortas, ay, del verano de 1990, en que Paco y yo recorrimos la costa de Marruecos en mi coche. Diez años más jóvenes —treinta y seis él, treinta y cuatro yo— y tan tontos como ahora, pero con menos recursos para disimular nuestra ignorancia.

El primer lugar donde pernoctamos fue Tánger. No nos fueron muy bien las cosas allí, por lo que bajamos por la costa hasta Rabat y Casablanca. Luego seguimos más al sur, y sólo al llegar a un pueblecito de pescadores y surfistas, perdido entre arenales yermos, tuvimos un encuentro verdaderamente afortunado, de los que no se olvidan en toda la vida.

Llegamos a media mañana, casi perdidos, al pueblecito. Dejamos el coche en un camino que se adentraba en la arena de la playa y cargamos con nuestras bolsas repletas de toallas, cremas para el sol, aparatillos de música, bolsitas de frutos secos, coca cola... Lo normal en una expedición playera: siete u ocho kilos de peso para cada uno. Estábamos en una parte del playazo alejada del pueblo. La verdad es que el panorama humano no me satisfizo demasiado, y convencí a Juan Carlos de que fuéramos a un extremo del arenal, que parecía desierto, y en el que podríamos incluso tomar el sol en pelotas. Así lo hicimos, en un rincón resguardado del viento y de los mirones por un acantilado de arenisca y cantos rodados. Instalamos las toallas, nos

quitamos los bañadores —no había nadie en las cercanías—, nos dimos esos repugnantes aceites que conviene aplicarse cuando uno va a someterse a la acción del sol de África un mediodía de verano y nos fumamos los últimos restos de la china que habíamos comprado en Tánger dos días antes. Juan Carlos se colocó los auriculares de su walkman y se dispuso a sumirse entre las escalas de su adorado Bach, y yo me conformé con escuchar el sonido acompasado de las olas en la orilla. Nos tumbamos sobre nuestras toallas. Debimos quedarnos dormidos los dos, porque me desperté con el agua a los pies. Juan Carlos me estaba sacudiendo, alarmado: estaba subiendo la marea, y ya no quedaba ni rastro de la lengua de arena por la que habíamos llegado caminando hasta allí.

Metimos los trastos en las bolsas a toda prisa, y nos colocamos de nuevo los bañadores. Me sentí un poco pasado de sol. Confusos, comenzábamos a chapotear en el agua, bolsas al hombro, para salir de allí, cuando alguien nos llamó desde lo alto: a media altura, en el acantilado, surgió una cabecita, luego unos hombros y se perfiló enseguida, de cintura para arriba, un hermoso cuerpo oscuro: un negrito muy joven nos daba voces, nos hacía señas para que trepáramos por la pared rocosa. Juan Carlos comprendió enseguida por dónde tenía que subir; le seguí esforzadamente, saltando de roca en roca, hasta que llegamos a la altura de nuestro salvador. En un espacio llano de apenas un par de metros cuadrados, un balcón sobre el mar bien oculto en la roca, se hallaban dos moritos jóvenes, en traje de baño, como pajaritos en un nido. La estampa era prometedora. El que nos había hecho señas tenía la piel muy oscura, y por lo menos mezcla de sangre subsahariana. El otro tenía un tono de piel más claro, y una estampa típicamente berebere. Creo que el efecto de la visión fue instantáneo: me di cuenta de que Juan Carlos se sentía tan atraído por el morito como yo por el de tez más oscura. Estaba claro que formaban pareja, y el más moreno, atlético y dominante, era el que nos había salvado de las aguas con sus gritos y aspavientos. El otro era más tímido, más apocado, más pasivo.

El negrito y yo nos entendimos enseguida: unas cuantas palabras en francés, unas pocas miradas nos bastaron. Se le veía experimentado en el trato con turistas. Yo le miraba al paquete, apenas tenso, y notaba que al solo impulso de mis miradas algo muy valioso se iba irguiendo un poco más cada vez, luchando contra la tela del bañador, por cierto que de muy buena marca. Aquello me dio una pista: esa prenda no era comprada, no; seguramente era un regalo... en seguida comprendí que, propina por medio, el negrito me iba a hacer pasar un rato feliz. Pero la situación era complicada: nuestras respectivas parejas no parecían progresar en su mutua relación. Juan Carlos miraba de vez en cuando al morito, casi con desesperación, pero éste no se daba por aludido: evidentemente, no tenía el «mundo» de su compañero. Con todo, el más decidido —Adid, se presentó— en seguida organizó todo un negocio a nuestra costa: en menos de una hora habíamos tomado un té en el bar del pueblo, habíamos

alquilado una casucha miserable un poco aislada entre eucaliptos resecos y nos habíamos comprometido a volvernos a ver a la caída de la tarde. Cuando al fin quedamos Juan Carlos y yo solos en nuestro hogar provisional, recién alquilado para una semana, cambiamos impresiones:

—Nos está desplumando, el negrito —se quejó Juan Carlos.

—Tranquilo, que ahora queda lo mejor —respondí yo—. A ese chulito le saco yo tres polvos esta noche.

Me miró con altanería, que se trocó en desesperación:

—¿Y yo? ¿Qué hago yo mientras tanto? ¿Dónde meto la polla?

—En el culo del otro morito, naturalmente.

—No está por la labor. No le gusto. Está visiblemente enamorado de su amigo, y no creo que quiera acostarse con nadie más.

—Quizá tú no le atraigas, pero le atraerá el dinero, ya verás —aseguré.

—Tal como lo dices, parece que le voy a corromper —ya estaba con sus escrúpulos morales, la muy petarda.

—No. Si alguien le va a corromper será su amigo, no te preocupes. Prácticamente, nos lo ha vendido junto con él mismo y el alquiler de esta casucha.

—¿Quieres decir que va a aprovechar que el otro está enamorado de él, y que va a hacer como el chulo que pone en la acera a la mujer enamorada, prostituyéndola, convirtiéndola en puta...? —preguntó, compungido, muy en su papel de petarda moralista.

—Más o menos. ¡Estupendo, cómo me gusta, una situación tan interesante, perversa, morbosa!, ¡por fin, el África misteriosa y sus encantos envenenados! —no pude menos que exclamar.

—A veces, me parece que no tienes conciencia —se quejó el muy estúpido.

—Lo que parece a veces es que no tienes pito, Juan Carlos. No seas gilipollas: deben tener dieciocho años los dos. No son unos niños. Y tu tímido querubín tiene a estas alturas el culo más abierto que la cueva en la que nos hemos refugiado. Seguro que ha pasado todo el pueblo por él. Cuando yo tenía su edad... Me acuerdo de que una vez, a los trece años...

—Bueno, vale —Juan Carlos seguía sintiéndose molesto, y culpable—. No me cuentes otra vez la historia del cura de tu pueblo.

Ya estaba Juan Carlos confundiéndolo todo. Precisamente, el cura fue uno de los cuatro o cinco santos varones de mi pueblo a los que no logré seducir de pequeño. Y bien que lo intenté.

—Ya veremos qué pasa esta noche —continuó, con un tono entre doliente y resignado.

—¡Qué va a pasar...! Pues que lo vas a ensartar como un palillo a una aceituna sin hueso. Y luego no te lo vas a poder quitar de encima, a todas horas pidiéndote

palillo... y propina.

—Eres brutal.

—Soy realista. Y no hago daño a nadie. Vamos, no seas gilipollas. Hemos tenido muy buena suerte. No le hagas ascos a un regalo como éste, que te vas a acordar toda tu vida de este encuentro maravilloso. Has ido a toparte con uno de los pocos culos dispuestos que hay en todo Marruecos. Y todavía te quejarás...

Juan Carlos siguió largo rato haciéndose el preocupado. Cualquier observador hubiera deducido de sus palabras que era un sujeto muy responsable, en plena lucha entre los escrúpulos de su conciencia y las urgencias de su libido. Pero yo sabía muy bien que esa lucha era una comedia; estaba encantado con la oportunidad que se le brindaba y no la iba a desperdiciar: iba a dar por culo a su querubín aunque le costase los ahorros de todo el año. Eso sí, con muchos remordimientos de conciencia. En algunas personas, los remordimientos son un componente añadido del placer sexual. Y luego son capaces de llamarnos masoquistas a los demás, total porque a veces nos gusta que nos calienten el trasero, que no las meninges, como se las calientan a sí mismos esos hipócritas.

Pasaron las horas. Sudamos lo nuestro para sacar agua de un pozo, a cubazo limpio, y medio llenar un depósito de plástico de donde bajaba hasta el váter, el lavabo y una ducha de cebolleta oxidada que teníamos en un chabisque formado por cuatro tablas, fuera de la vivienda. Hasta lavamos el coche. Se empeñó Juan Carlos en dejarlo limpio, para evitar que lo hiciera el negrito cuando viniera, como nos lo había prometido. Quería ahorrarse los pocos dirhams de una propina, el muy inocente... Yo sabía que su esfuerzo era inútil: aquel chulito nos iba a dejar sin blanca a poco que nos descuidáramos, con excusa o sin ella. Nuestra única defensa sería usar y aprovechar todo lo posible su cuerpo, su savia, su juventud. Cambalache. El nos sacaría todo el dinero que pudiera, y nosotros —yo, al menos— le exprimiría todo su jugo hasta dejarlo agotado. «A cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus fuerzas». Es algo así, ¿no? Puro marxismo.

Juan Carlos sonrió, pleno de contento, cuando vio aparecer por el recodo del camino a su querube acompañando a mi negrito.

—¿Ves tú cómo le gusta el dinero a tu angelito? —le dije en voz baja, mientras los dos chicos se aproximaban a la puerta de la casita, donde estábamos sentados.

Juan Carlos no me contestó; a partir de ese momento decidió no perder el tiempo en discusiones y moralina beata, y dedicó todas sus energías a la conquista del morito. Pero los dos se mostraban tímidos.

Adid y yo, por nuestra parte, no perdimos mucho tiempo. En cuanto acabamos de fumar el porro que fabricó en un santiamén nos encerramos en la caseta de la ducha, llegamos a un rápido acuerdo sobre la conveniencia de utilizar condón —me gustó que estuviera tan informado, no lo esperaba— y me echó un casquete en seco, rápido

como el rayo. Tenía ganas, el cabrón. Se corrió con rabia en mi trasero, y yo me contagié de su entusiasmo y me fui también, contento de verme colmado por aquella carne joven. Pero me había sabido a poco. Vi al negrito dispuesto a continuar. Nos duchamos, y sin tomarnos la molestia de secarnos —hacía mucho calor— salimos corriendo del «cuarto de baño» y entramos en la casita, pasando por delante de nuestros amigos.

Adentro casi no había luz. Adid quedó de pie, con las piernas separadas, desafiante. Yo me hincé de hinojos ante él, adorándole, y comencé a mamársela hasta que fue creciendo, y creciendo... Había una vela encendida en un rincón, y en la oscuridad aquella hermosa columna de diorita brillaba, reflejaba la llama movediza de la vela... Después de un rato, el expeditivo negrito no se contuvo más: me tumbó sobre una de las colchonetas, se puso mis piernas sobre los hombros, se colocó otro condón y me la metió, urgente y profunda. Esta segunda vez tardó más en correrse; y estaba haciéndolo cuando comenzamos a oír ruidos en la habitación de al lado. Juan Carlos estaba por fin calmando las ansias del trasero de su morito, lo mismo que el negrito calmaba las de mi intimidad posterior, como decían en aquella película de Fellini.

Algo más tarde estábamos los dos cansados y casi dormidos; pero yo recordé que había prometido a Juan Carlos ordeñar aquella noche a mi negrito tres veces y, tozudo y cumplidor como soy, me puse de nuevo a la tarea. Adid me correspondió, me enculó... Y lo consiguió. Y se quedó dormido sin acordarse siquiera de sacármela. Aquello me pareció de buen augurio, y yo también dormí tranquilo, con un pedazo de África amorosamente conservado en mi interior.

Los dos moritos se fueron de madrugada. Juan Carlos ni siquiera se despertó: ayudado por el hachís permaneció profundamente dormido mientras yo, muy en mi papel de anfitriona campestre, salí a la puerta a despedir a los muchachos hasta la tarde siguiente. Tenía sed, y fui a beber un poco de coca. Se había acabado. También el agua mineral. Así que me resigné a probar el agua del pozo. No tenía mal sabor, y Adid había asegurado que era potable; sin pensarlo más, me eché un gran trago y volví al lecho.

A la mañana siguiente me desperté sintiéndome extraño. Había agarrado una diarrea tremenda. Cuando conseguí salir de la caseta-baño-váter desperté a Juan Carlos: mi amigo estaba perfectamente, estaba claro que la culpable de mis males era el agua del pozo. Me administró con seriedad doctoral un par de gruesas pastillas de las que llevábamos en previsión —no hay mayores pastilleros que los profesionales de la medicina, que luego se pasan la vida recomendándonos a los legos que no abusemos de la química— y me hizo acostarme de nuevo, entre retorcijones de tripas y una terrible debilidad física.

Estuve durmiendo casi todo el día, y a media tarde Juan Carlos me preparó arroz

blanco cocido y zumo de limón. ¡Ahora que las vacaciones habían llegado a su cenit, un acontecimiento desgraciado me retiraba de la primera fila de la aventura!

Desperté de madrugada. Me sentía mucho mejor. Juan Carlos me explicó después que la parejita había acudido puntual y que, sin despertarme, él se las había arreglado para dejar bien servidos a los dos moritos, que ya habían vuelto al pueblo. Le pregunté con sorna si había ofrecido su trasero a Adid, porque se me antojaba la única manera de dejarle satisfecho, y él se rió, negándolo:

—No, en realidad ha sido Mohammed el que nos ha servido a los dos. Ese chico es de la misma madera que tú: vicioso, y capaz de devorar él sólo la energía de dos hombres, y más si los hubiera.

Curioso, le pregunté detalles de la pequeña orgía que me había perdido por haber tomado un trago del agua que no debía la noche anterior. De sus explicaciones deduje que, en medio de su contento general, Juan Carlos sufría una pequeña decepción, porque no había conseguido un contacto más directo con el sabroso cuerpo de Adid. El negrito rechazaba, no sólo que le enularan, sino también que le besaran en la boca, e incluso aceptaba las caricias de mala gana.

—Mira, esos pezones negrísimos, tan desarrollados, están pidiendo que uno los chupe, los pellizque, los muerda; esos pectorales abultados, tan apetitosos, coronados por esas tetillas maravillosas... Más inexpugnables que el Annapurna y el Everest...

—Vaya, que te has quedado frustrado porque no se deja... —razoné—. Por si te sirve de consuelo, te diré que tampoco me dejó ayer a mí acariciárselas. Debe considerarlas algo sagrado, intocable. Un tabú. Eso quiere decir que las debe tener sensibles. Porque si las tuviera muertas, como suelen tenerlas los héteros, le sería indiferente que se las acariciaran...

—No sigas, que me voy a poner cachondo otra vez.

—Pues ya sabes dónde puedes enterrar tu cachondez. Estoy dispuesto —propuse.

Juan Carlos hizo un gesto de negación con la cabeza:

—No, tienes que esperar unas horas todavía. No vayamos a tener sorpresas desagradables.

—Pero, me siento bien ya...

—Que no.

Discutimos aún un buen rato, y finalmente hicimos un sesenta y nueve tranquilo, de buenos amigos.

A la noche siguiente volvieron nuestros moritos a visitarnos: Adid me embistió a mí, y Paco enuló a su Mohammed. Pero ahora ya habíamos tomado confianza, y formamos las dobles parejas una junto a la otra, de forma que en mitad de nuestros respectivos trabajos nos inspirábamos en las ocurrencias que veíamos en los miembros de la otra pareja. Adid, por ejemplo, decía a Juan Carlos, de repente:

—¡A ver si haces esto!

Y me hacía dar una vuelta completa, pivotando sobre el eje de su polla que me enculaba. Juan Carlos, entonces, imitándole, daba la vuelta a Mohammed, batiéndole los intestinos por dentro con su recio artefacto.

Tras un único polvo, yo me di cuenta de que estaba todavía bastante débil, y tuve que retirarme de la competición. Los otros no se cansaban, y yo quedé dormido mientras observaba cómo entre los dos machirulos corneaban, por delante y por detrás, al morito, a Mohammed, que disfrutaba como una perra en celo, como lo hubiera hecho yo en su lugar, de haber podido.

Llegó, demasiado pronto, el día de la despedida. Juan Carlos y yo habíamos decidido, antes de emprender el camino hacia el Estrecho, hacer una visita turística, por corta que fuera, a Marrakech. Pero el deseo de estar siquiera un día más con nuestros ligues nos decidió a invitarles a venir con nosotros a la vieja Capital Imperial. Quedaríamos una sola noche en la ciudad, y a la mañana siguiente devolveríamos a los muchachos a su pueblo, antes de subir a todo gas hasta Tánger para tomar el ferry nocturno.

Nada más llegar al hotel y registrarnos apareció un mozo de maletas inolvidable: un negrazo fornido, que evidenciaba bajo el ridículo uniforme de botones un paquetón formidable sin disimulo posible. Mis compañeros demostraron una inexplicable insensibilidad ante aquel panorama. Yo, en cambio, me puse a temblar como un flan. Por encima de todo, aquel objeto precioso que abultaba en la entrepierna del negrazo había de ser mío. Lo sentí como un mensaje del cielo, como un mandato divino. El mozo tomó nuestras maletas y penetró en un ascensor destartado, demasiado pequeño para contenernos a todos. Era mi oportunidad. Me metí yo también en el viejo cajón y cerré las puertas, dejando a mis compañeros en espera de un segundo turno. Mientras ascendíamos lentamente hasta el tercer piso miré al negrazo a los ojos; luego avancé una mano hasta su paquetón y traté sin éxito de abarcarlo entre mis dedos: aquel bicho era formidable, aunque estuviese dormido en ese momento. El negrote sonrió, mostrando todos sus dientazos relucientes, satisfecho. Pregunté en voz baja en francés, como teledirigido por el mandato divino que resonaba en mi interior:

—¿Puedo verte pronto?

—Dentro de media hora, en tu habitación —respondió inmediatamente—. Quinientos dirhams.

Así me gustan a mí los negocios. Decisiones rápidas e inequívocas. Nada de dudas, de falsos escrúpulos de conciencia, de vacilaciones. No reparé en que, a los precios del país, el negrote iba muy caro. Pero cualquier cosa me hubiera parecido poco con tal de jugar un rato con aquel animalillo que dormía en el regazo del mozo de maletas.

Salimos del ascensor en el tercer piso, y esperamos en el descansillo a los demás.

Yo me limité a decir:

—De acuerdo.

Y le cogí por un segundo el paquetón con ambas manos, sintiendo vértigo ante el tamaño de las bolas y el cilindro morcillón que se ofrecían a mi tacto a través de la tela.

Llegaron los demás. Juan Carlos con cara larga, de enfado. Cuando se fue el mozo, y mientras me disponía a ducharme el primero, por aquello de la media hora, me largó un chorro convencional: que si era un vicioso intolerable, que si les estaba complicando la vida a todos... qué sé yo. No le hice el menor caso, como de costumbre. Cuando oigo mis voces y la divinidad se manifiesta en mi interior ordenándome algo, no hay nada ni nadie que me detenga. Y menos un sujeto como Juan Carlos, que disfraza de moralismo su incapacidad de acción.

Unos minutos más tarde llamaron a la puerta. Era el negrazo. Le hice pasar conmigo a la habitación del fondo, y cerré con pestillo tras de nosotros. Buen profesional, aquel hombrón parecía indiferente mientras ponía a mi disposición sus atributos, que evidentemente había estado remojando un momento antes con agua y jabón de olor. Todo un detalle, por el que en realidad no estuve seguro de estarle agradecido; a veces soy muy guarro. Eso de la higiene se ha inventado para quitarle sabor a la vida... Le metí en un bolsillo la cantidad acordada y le bajé los pantalones con la habilidad y la presteza adquiridas en muchos años de ejercicio del arte. Lo que quedó al aire era muy superior a mis esperanzas: sólo pude meterme en la boca, mísero de mí, la bellota terminal de aquel tronco... que estaba todavía en estado blandón. Tomé los testículos, uno en cada mano. Los acaricié como pude, mientras repasaba con la lengua el agujerito del glande por donde pronto haría surgir una erupción volcánica, tratando de meter por él la puntita... Nunca había visto —ni tocado— cosa igual. El animal iba despertando poco a poco, desperezándose, estirándose. Creciendo, creciendo. Cuando el inmenso falo pareció llegado a su máximo desarrollo quité pantalones y zapatos a su dueño y le hice acostarse sobre una de las camas. Erguido, vertical, aquello parecía aún más imponente. No pude vencer el impulso de hacer público el conocimiento de aquella maravilla que acababa de alquilar, y dije a su afortunado propietario:

—Tengo que enseñárselo a mis amigos.

El negro volvió a sonreír, orgulloso y seguro de sí mismo. Se había tumbado con los brazos detrás de la cabeza, como para no estorbarme mientras yo disfrutaba de su animalito, arrendado por unos minutos. Yo fui a la puerta, abrí y llamé a los demás. Acudieron, curiosos, el primero de todos Juan Carlos. Y contemplaron, entre maravillados y horrorizados, aquel triunfo de la desmesura.

Y entonces la voz divina me gritó desde el fondo del alma, muy claramente:

—«¡Nunca más tendrás una ocasión como ésta! ¡Cálzate!».

Y comprendí que tendría que hacerlo. Meterme por el culo la mayor trompa de elefante que había contemplado en mi vida. Acabar con el mito de la Torre de Babel, pasándomela por el esfínter. Introducir en mi interior kilos —¡kilos!— de carne viva, turgente, palpitante. Juan Carlos, cuando comprendió mis intenciones, puso cara de susto; pero en seguida comenzó a colaborar. Con esa precisión manual de que le ha dotado su profesión médica colocó con trabajo un preservativo alrededor del rotundo poste y lo embadurnó de gel, aprovechando de paso para darle un buen sobo. Luego, me senté sobre él... Aquello no entraba. Porfié, haciendo uso de todas mis artes. Dolía. Afortunadamente, el obelisco era como de piedra: aguantaba la presión sin flaquear. El que sí flaqueó, finalmente, fue mi esfínter, y noté que lo estaba consiguiendo. Juan Carlos me dio a aspirar poppers, y entonces fue entrando, poco a poco. Me pareció que todo yo me estaba deshuesando, era un montón de carne ya sin forma, que mi cuerpo era como el de una medusa, informe, protéico. El obelisco seguía su camino, profundizando dentro de aquel montón de gelatina en que yo me había convertido. Y, en esto, sentí un placer muy particular, un cosquilleo que no podía ser más que el orgasmo, pero raro, muy raro; era un orgasmo de forma desconocida. Liso, por decirlo así. Vi que mi polla dejaba escapar —así, se escapaba, por gravedad— un chorrito de leche considerable. No sé cuántos segundos duró aquello, pero fue largo, lento, calmado. Y, de pronto, volví a una realidad dolorosa imposible de soportar. No sé cómo fue, que salté a la otra cama. Y allí quedé, encogido, casi muerto, con los ojos cerrados. No sé cuánto rato. Me extrañó que no acudiera Juan Carlos en mi ayuda. Volví a abrir los ojos, y contemplé con inmensa sorpresa que Mohammed había tomado mi lugar y estaba sentado en el trono. ¡Pero se había comido dentro de su estrecho cuerpecito toda la polla del negro, había descendido por ella mucho más abajo que yo! Volví a cerrar los ojos, incapaz de asimilar más sorpresas del mundo exterior. Al cabo de un rato noté la caritativa mano médica de Juan Carlos, buscándome inexistentes fisuras en el ano, y distribuyéndome una generosa ración de ese unguento calmante que ha sido uno de los grandes descubrimientos de mi vida...

El negrote se había ido, y Mohammed estaba sobre la otra cama de la habitación, convaleciente de parto, como yo. Cuando estuvieron seguros de que todo estaba bajo control, nuestros dos machirulos se fueron a visitar la ciudad, dejándonos al morito y a mí postrados en el lecho del dolor.

Pasaron varias horas y nuestros amigos no regresaban. Mohammed y yo comenzamos a conversar, con alguna dificultad. Me preguntó en francés si me dolía el trasero, y yo le respondí que no, aunque me sentía raro todavía, como en un sueño. El estaba en un estado parecido. Entonces le pedí que me pusiera un poco más de unguento, del tarro que Juan Carlos había dejado sobre la mesilla de noche. Diligente, se levantó tambaleándose e hizo lo que le indiqué. Rebozó su mano derecha en

aquella sustancia viscosa y me la comenzó a aplicar en los rebordes del esfínter. Luego más adentro... Y, ante mi insistencia, acabó introduciendo la mano entera, y buena parte del delicado antebrazo, en mi interior, sin problema alguno. El hecho no parecía causarle el menor placer sexual; pero sentía curiosidad. A mí me pasaba algo parecido. Comprendí que él también era un poco como yo; exploraba, intentaba llegar a nuevas metas. Ese era su placer en este momento. Al cabo de un rato invertimos nuestros papeles. Introduje el puño, bien untado de aquel producto gelatinoso, por su orificio con una precaución que resultó superflua: todavía estaba increíblemente dilatado, y entró sin dificultad alguna. Me propuse llegar hasta el fondo, y el brazo fue entrando hasta casi el codo, conforme las puntas de mis dedos se abrían paso con suavidad entre sus delicados tejidos interiores, desplazando a un lado las vísceras, compitiendo por el escaso espacio disponible con sus intestinos. Mohammed contenía la respiración, atento. Lo vi en sus ojos brillantes, era como yo: un explorador del vicio. Más adentro, más adentro. Llegó un momento en que la penetración se detuvo: casi todo mi antebrazo desaparecía en su interior. Le dije:

—Hemos llegado al final.

Entonces sonrió, y me pidió un beso. Nos dimos un beso en la boca, más bien simbólico, unidos en uno por aquel experimento. Luego fui sacando mi antebrazo, mi mano de su interior. Le señalé la marca de crema, cerca del codo:

—Hasta aquí se ha metido.

Volvió a sonreír, feliz. A todo esto, ni él ni yo nos habíamos empalmado siquiera. No habíamos hecho el amor, habíamos efectuado una prueba de resistencia, de capacidad física. Como dos atletas que miden cuidadosamente la altura a la que pueden llegar con su salto, o el tiempo que tardan en correr un trecho determinado. Estábamos anotando nuestras marcas respectivas. Pese a mi veteranía, él me ganaba. Por goleada. Sonreía. Volvimos a besarnos. Era un beso profundo, pero de camaradería. Luego descansamos de nuevo, nos duchamos y esperamos a que volvieran nuestros compañeros de su visita a la ciudad.

Sentí mucha pena, cómo no; pero también un alivio profundo cuando, vueltos al pueblo de los muchachos, nos despedimos. Adid se empeñó en conducir el coche, le dejé hacerlo por unos kilómetros, y fuimos a dar de cabeza con un puesto de control de la policía en mitad de la carretera. Naturalmente, Adid no tenía carnet. La broma nos costó todo el dinero que nos quedaba. Y podía haber sido peor. Un poco amargados, llegamos al pueblo. Adid se despidió inmediatamente, huyó avergonzado como alma que lleva el diablo. Mohammed nos acompañó a recoger los trastos que habíamos dejado en la casita, y les dejé un ratito a solas, a Juan Carlos y a él. Sentí alivio cuando nos alejamos por el camino de tierra, dejando envuelto en una nube de polvo al buen morito, que agitaba la mano en un adiós que creí definitivo.

Juan Carlos es un romántico impenitente, y ya me estaba comenzando a

preocupar su actitud: le conozco bien, y comprendía que mi compañero estaba enamorándose de su morito. Unos días más y se hubiera producido la tragedia. Yo tenía muy claro que quería continuar compartiendo mi vida con mi amigo, en los mismos términos en que habíamos venido haciéndolo hasta entonces; Juan Carlos hubiera acabado renunciando a su morito por mí, pero a la larga me hubiera cobrado un buen precio por su sacrificio. Estábamos exactamente ante el caso que yo toda mi vida he querido evitar. No deseaba que mi amigo renunciase por mí a nada; me lo habría de cobrar, tarde o temprano. Pero, por otro lado, tampoco me convenía que se enamorara de otro.

Afortunadamente, la separación obraría milagros. Dicen que la distancia es el olvido. Y, no; no siempre es el olvido; pero sí la idealización, el trucaje de la realidad. Eso hace que los reencuentros suelen ser fatales para una relación romántica. Yo confiaba en ello. Probablemente, Juan Carlos me haría bajar de nuevo hasta aquí el próximo verano; pero ya entonces su morito habría cambiado: tendría más desparpajo, más experiencia, el taxímetro y las tarifas más a la vista. El globo romántico se deshincharía.

Y así volvimos a casa, a Madrid, al trabajo, a las tonterías de siempre. Yo sentía el cuerpo refrescado y a tono después de las vacaciones; Juan Carlos estaba algo más lánguido. Ya se sabe, los sentimentales están condenados a sufrir en la vida. Les queda el consuelo de creerse que su vida es más intensa que la de los que somos más prácticos que ellos. De cualquier manera, la melancolía de Juan Carlos no le impedía echarme buenos polvos, sólo o auxiliado por algún colaborador ocasional. Así pasó algo más de un mes, hasta que a comienzos de otoño recibió una carta de su amorcito. A Mohammed le habían fallado los planes, y tenía que dejar de estudiar. Después de unas horas de indecisión, Juan Carlos me puso al corriente de la situación y me pidió permiso para ofrecerle nuestra casa. Creo que se me erizaron todos los cabellos, pero me refrené y comencé a pensar en cuál sería la mejor solución. No cabía frustrar a Juan Carlos con una prohibición: hubiera acabado alojando a su amorcito muy cerca, en Madrid, aunque fuera en una pensión. Y me hubiera echado en cara mi egoísmo, etc., al tiempo que no dejaría de frecuentar el trasero de su morito. ¿Qué hacer? Me tomé unas horas para pensarlo; al fin, le di permiso para invitar a Mohammed a nuestro hogar, pero le impuse un tope máximo: dos meses. En ese plazo tendría que buscarse la vida por su cuenta, y procurarse después alojamiento en otro sitio.

Pensé en Adid: si se viniera también... Podría pasar una hermosa temporada enseñándole los secretos de Madrid y de mis esfínteres. Pero no, la carta de Mohammed era rotunda: había cortado con él, el negrito estaba ya de nuevo en la academia militar, se iba a casar el año que viene... Cómo me gustan esos machos poderosos, capaces de dar a pelo y a pluma, que te utilizan como mero objeto sexual, para entretenerse mientras les llega la hora de procrear, y luego te dejan tirado por

ahí, para contraer sacro matrimonio y perpetuar la especie... Mientras son jóvenes te dan su juventud —bueno, te la alquilan— y luego, al llegarles la madurez, dedican todo su esfuerzo a la procreación, a la cría de nuevos alevines hasta que, mocitos, sus hijos se separan de ellos y vuelven a repetir el ciclo... Pensé en lo que sería tatuarme el nombre de Adid en el pecho, para ir luego llorándole y preguntando por él de mostrador en mostrador. Pero no soy así; los amores desesperados no son mi especialidad. En realidad, podía muy bien prescindir de Adid; el mundo está lleno de mozos, si no tan guapos, sí casi tan eficaces como el negrito a la hora de hacerle a uno olvidar las penas. Y una de las ventajas que encuentro en los chicos como Adid es que son fungibles, intercambiables. Esa es la maravilla, y no el amor por una persona única e insustituible, locura que ha dado a la humanidad tantos quebraderos de cabeza. ¿Que no quieres venir conmigo? Me da igual, me iré con otro; las pollas, gratis o de alquiler, abundan en el mundo; babean de ganas de meterse en un agujero caliente. Lo que hay que saber es cómo valerse de ellas, cómo aprovechar su irrefrenable inclinación a guarecerse en una cálida cueva para, dándoles gusto, darse gusto uno a sí mismo.

La frase preferida de Juan Carlos es que soy una puta. ¡Pues claro! Y a mucha honra. Siempre he pensado que, en el fondo, es envidia lo que me tiene, ese romántico machirulo.

Volviendo a mi historia: yo no tenía unas especiales ganas de volver a ver al morito; más bien, prefería dejarlo en el pasado, como un buen recuerdo ya desvinculado de la realidad presente. Pero desde que volvimos de vacaciones observaba a Juan Carlos, y notaba en él una especial tristeza... Podía estar jugándome nuestra relación de cinco años, si venía Mohammed; pero decidí arriesgarme. Soltaría sedal, y daría a mi compañero la sensación de que sus movimientos eran libres; luego, según fueran sucediendo las cosas, iría recogiendo hilo poco a poco... La técnica me funcionó a la perfección. Si Juan Carlos hubiera tenido que renunciar para siempre a Mohammed, hubiera acabado reprochándome a mí su sacrificio. Y nuestra relación hubiera sufrido gravísimamente. En cambio, con el concurso de mis estupendas malas artes, consiguió de nuevo a su amorcito y lo disfrutó una temporada (yo también, en lo que pude), pero a la postre no se alejó de mí. Y aquí estamos, juntos, él y yo. Dentro de pocos años cumpliremos el medio siglo. ¿Envejeceremos juntos, también? Ojalá. Aunque no me gusta pensarme como viejo. Ni a Juan Carlos.

Además de nuestras cuentas privadas, Juan Carlos y yo teníamos una cuenta a nombre de ambos en la sucursal bancaria más cercana a nuestra casa. Allí estaban domiciliados los recibos de la luz, el gas y el teléfono. Solía atendernos La Ventanilla, que así es como bauticé yo a una loquita encantadora, pequeña, calvita y rebosante de plumas que parecía estar allí desde siempre, desterrada para toda la eternidad por la

dirección del banco. Habíamos cogido confianza. Un día en que entré para hacer una gestión, La Ventanilla me puso en antecedentes: Juan Carlos le acababa de solicitar consejo para enviar cincuenta mil pesetas a Marruecos. Mala como correspondía a su condición, inmediatamente había sospechado un drama de cuernos y, con más o menos disimulo, se aprestaba a avivarlo. Pero yo puse cara de saberlo todo, y le pedí consejo a mi vez: contrariada por haber pinchado en hueso, La Ventanilla elaboró un cheque de ídem, lo cargó de sellos y firmas, y me dijo que ya lo podía mandar por correo certificado. Escribí una cartita, y se lo envié de mi parte a Mohammed: otras cincuenta mil pesetas. Con la advertencia de que no dijera nada a Juan Carlos. El chico se lo merecía, qué caramba. Y, además, si tenía que mostrar agradecimiento, que no fuera sólo a mi amigo. Que se viera vinculado a mí de una forma parecida.

Mohammed tardó un mes largo en llegar, pero apareció al fin. Juan Carlos había perdido el culo, ese culo inútil que tiene, para conseguirle una extraña beca en una escuela de alfarería, o algo parecido. Y un buen día, al volver del trabajo, me encontré al morito en la cocina de casa, recién llegado, empapuzándose con un montón de comida que mi amigo le acababa de sacar del frigorífico. Mientras Mohammed saciaba un hambre de días, Juan Carlos le colmaba de caricias, le mesaba el cabello rizado, le toqueteaba sin cesar. Me resultó un poco repugnante su actitud demasiado solícita, pero me contuve. Fui a dar a Mohammed un beso en la mejilla, pero me ofreció sus labios. Sabía que aquella casa era también mía. Conocía los equilibrios de poder que le rodeaban. Y obraba en consecuencia. Otra vez le sentí muy parecido a mí. Calculador. Que no frío, que es algo muy distinto. No sé por qué en todas las novelas se ponen los dos adjetivos juntos. No tienen nada que ver. Uno puede ser más caliente que el ojo de un volcán, pero calculador. Claro que sí.

Durante unas pocas semanas obré con tiento: Juan Carlos estaba como en el paraíso con su morito, y no parecía pensar en mucho más. De vez en cuando le repetían, como eructos, ciertos sentimientos de culpa para conmigo y yo lo notaba perfectamente; por mi parte, obré estrictamente de acuerdo con un plan y unas directrices preconcebidas y bien meditadas. En primer lugar, procuré compartir el morito todo lo posible, impedir que Juan Carlos dissociara totalmente su imagen de la mía. Encontré que me la chupaba bastante bien, y el acto sexual que más practicamos aquellos días fue la succión generosa de mi polla por los cálidos labios del morito mientras Juan Carlos sudaba y resudaba tratando de encontrar con la punta de su talludo apéndice los límites internos de aquel trasero tan generoso. Pero bien sabía yo que nunca iba a llegar a su final, aunque lograra meterle dentro —que lo logró más de una vez— hasta los mismos huevos. Mohammed era como esos utilitarios que se anuncian: «más grande por dentro que por afuera».

Pronto me di cuenta de que Mohammed no iba a quedarse encerrado en nuestra casa; tenía mucha capacidad para moverse en nuestra sociedad, comenzaba a darse

cuenta de ello, y le unía a Juan Carlos tan sólo un gran afecto y una fuerte ligazón sexual; pero no estaba enamorado.

Había que encontrarle un trabajo, un modo de allegar recursos económicos. Yo estaba seguro de que, en cuanto se viera con ingresos propios, el morito abandonaría nuestra compañía. Y pronto encontré una ocasión perfecta: un amigo mío había creado una agencia de servicios para gays. Una forma moderna de denominar a una casa de putos. Sin que el moralista de Juan Carlos se enterara, puse en contacto a mi amigo con Mohammed, que accedió a trabajar para él sin demasiados remilgos. Su bautismo de fuego fue por todo lo alto; cuando se lo oí contar a su jefe, me llené de envidia. Si yo hubiera tenido quince años menos, me hubiera apuntado también al staff de aquella agencia... Lo hicieron salir, desnudo y con la piel cubierta de lentejuelas y polvillo plateado, del interior de una gigantesca tarta de cumpleaños. Luego, el homenajado, que celebraba su sesenta aniversario, demostró que conservaba su buena forma follándose sobre la misma mesa del banquete, a la vista de todos los invitados, que jaleaban y aplaudían... Y unos cuantos de ellos siguieron el ejemplo, cepillándose a Mohammed por riguroso turno. Debió ser agotador, pero aquella noche Mohammed me enseñó, orgulloso, un pequeño fajo de billetes de diez mil. Su timidez había desaparecido, y su porvenir estaba asegurado. Es más, era brillante, como las estrellitas que todavía llevaba pegadas en la frente, pese a haberse duchado a conciencia después del trabajo.

Mes y medio después de su llegada, Mohammed ganaba más dinero que yo, tenía un puñado de clientes fijos y había aprendido a vidriar barros de verde y azul; estaba viviendo en un piso compartido con otros dos estudiantes de su edad, españoles —se empeñó en conseguir un castellano perfecto—, gays y buenos mozos, con pinta de activos y que provocaban mi envidia, porque sospechaba que el morito los había puesto a los dos a su servicio. Dedicaba la mitad del día a revolver papeles y más papeles, para conseguir una beca para Exactas y —lo tuvo claro desde el primer momento— la nacionalidad española. Algún cliente poderoso, agradecido a sus servicios, prestados en el transcurso de una conferencia intergubernamental, le ayudó, haciendo activar sus papeles. Pero eso ya pertenece a su vida, no a la mía, que es la que me corresponde contar aquí. Para mí lo más importante era que la pasión de Juan Carlos comenzaba a enfriarse y mi compañero se iba conformando de buen grado con la presencia cada vez más esporádica de aquel traserito norteafricano en nuestra cama.

Han pasado diez años. Muchos domingos comemos juntos los tres, Juan Carlos, Mohammed y yo. Suelo preparar un cuscús, o un pollo al limón... Mis comidas son los únicos platos de su país que prueba el morito en toda la semana. Y luego nos echamos una larga siesta. ¿Quién dijo que las tardes de los domingos son aburridas?

ADID

Desde que tuve uso de razón, encontré muchas ocasiones de hacer esas cosas de muchachos, era completamente normal en el pueblecito de la costa donde nací. Y la Naturaleza me dotó de un cuerpo hermoso y un arado robusto y trabajador, que no pasaron desapercibidos a los que tuvieron conmigo alguna intimidad. Pero cuando me encontré con Mohammed comprendí en seguida que estábamos hechos el uno para el otro; todo lo que tenía yo de agresivo, de conquistador, en suma, de masculino, lo tenía él de acogedor, de sumiso, en fin, de femenino. Y nunca se avergonzó de ello. Por eso, siempre hicimos muy buena pareja, dentro de la discreción a la que nos obligaban las circunstancias. Luego, llegó la hora de pensar en culminar la vida con seriedad; al menos, me llegó a mí. Me casé y aquí estoy, feliz, en lo que cabe, con mi mujer y mis hijos. En mi sitio.

Desde el principio fui muy bueno en los estudios. Tenía una singular habilidad para las matemáticas y ello, unido a mis buenos reflejos físicos y a mi deseo de aventura, me hizo un candidato ideal para cadete de la Real Academia de Aviación. Tuve mucha suerte al poder realizar estudios en aquel centro, aunque mi vida en él no era fácil: allí conocí la discriminación racial, por ejemplo. Aunque totalmente prohibida en mi país, existía, y muchos compañeros se creían superiores a mí por el simple hecho de tener la tez más clara. Tuve que desafiar a más de uno a golpes, y siempre di más de los que recibí. Me hice pronto con una cierta fama de valiente, lo que me valió el respeto o, al menos, la no ingerencia de otros compañeros en mis asuntos. Dejaron pronto de llamarme «el Negro», y en el tercer año de estudios, cuando comencé a hacer mis pinitos con extranjeros para ganarme un poco de dinero de bolsillo, no hubo compañero de academia que tuviera más éxito que yo. Solíamos presumir, los que podíamos dedicarnos a sacar dinero de aquel modo, de haber ligado con hermosas extranjeras rubias, de grandes tetas tersas y vicio irrefrenable. En realidad, eran casi siempre hombres extranjeros, dispuestos a comportarse como mujeres para nosotros. Y no muy agraciados, precisamente. Pero era un trabajo rentable; había que sacar dinero de donde fuera, y yo tenía más éxito que nadie. ¡Discriminación racial...! Sí, la de los europeos; porque preferían cien veces a un negro bien hecho que a un blanco blanducho. Me hicieron sentirme orgulloso de mi piel, tan oscura.

A decir verdad, sólo una vez hice el amor con una europea: ligué con el marido, y éste me convenció de hacer un numerito a tres con ella. Le colgaban las tetas, pero al menos era una mujer; a su marido le colgaban también las carnes y además era un hombre, aunque con gustos de mujer. Me dicen que, ahora, con esa famosa Viagra se consiguen maravillas. Yo, a los diecisiete o dieciocho años, no la necesitaba. Satisfice a la pareja, y me llevé unos buenos dirhams, eso sí, ganados a pulso.

El verano anterior a mi último año de academia volví al pueblo de vacaciones, lleno de ciencia de la vida. Allá me esperaba mi buen Mohammed, que se llevó una buena sorpresa cuando poco a poco fue descubriendo que había utilizado mi hombría para satisfacer otros agujeros distintos del suyo. Pobre, qué inocente era. ¿Qué se pensaba?, ¿que iba a desaprovechar las ocasiones que se me ponían por delante? Si no hubiera nacido en el seno de una familia modesta, en una humilde aldea de un país del Tercer Mundo... Me propuse hacerle comprender que una cosa era la amistad profunda que nos profesábamos él y yo y otra el contacto rijoso con un desconocido para sacar un poco de dinero, para poder fumar cigarrillos americanos, para hacerme regalar una camisa o un bañador.

Muy pronto tuve ocasión de demostrarle mis facultades a un surfista francés bastante joven. Aunque fuerte y musculoso, entre mis brazos era una mujercita medrosa que me suplicaba con temblorosa voz: «Más adentro, más adentro». Después de tres días tuvo que irse del pueblo, y entre otras cosas me dejó un bañador estupendo, casi sin estrenar, que me había encantado el día en que se lo bajé por primera vez. Cuando Mohammed me vio con el nuevo bañador le entró un ataque de celos, de modo que le tuve que sacudir un poco —suavemente, desde luego— para demostrarle quién era el hombre allí. Quedó un par de días enfurruñado, pero yo no cedí y, finalmente, pareció olvidar el asunto.

Pero a los pocos días volvió a presentarse una ocasión de oro. Una pareja de españoles, uno de ellos con barba y modales bruscos, y el otro mucho más afeminado, y con los mismos gustos seguramente que Mohammed, porque comenzó a insinuármeme en cuanto me vio por primera vez. Me costó trabajo convencer a mi amigo para que participara en el negocio, hasta estuve a punto de sacudirle de nuevo. Pero cuando vio la facilidad con la que fui capaz de alquilar a los extranjeros una casucha que tenía una tía suya fuera del pueblo, sin agua corriente y en medio de una arboleda medio seca llena de moscas, comenzó a pensárselo mejor. Aunque a regañadientes, acudió conmigo aquella noche al encuentro con los extranjeros. Y no se lo pasó mal, no; los días siguientes, ya no puso ninguna objeción a acostarse con ellos. Por mi parte, encontré muy agradable la compañía del más afeminado de los dos, que se llamaba Paco; me enseñó muchas palabras de su idioma, y unos cuantos trucos que yo no conocía todavía para darle a él satisfacción. Desde el primer día me di cuenta de que era un verdadero vicioso. Lo que no comprendí a tiempo fue que acabaría contagiando su vicio a Mohammed, que comenzó a imitarle en muchos de sus comportamientos desenfrenados. De cualquier forma, Paco era generoso, no como su compañero, que miraba mucho más dónde ponía los dirhams. Y le cobré afecto. Por otro lado, comencé a ver a Mohammed demasiado pendiente de su español, Juan Carlos se llamaba, que no era precisamente atractivo y tenía quince años más que yo; tenía barba y mucho pelo por todo el cuerpo, algo repulsivo, pero

que pareció empezarle a gustar a Mohammed. Comencé a sentirme celoso. Pero no sabía cómo resolver la situación, porque era yo el que la había provocado. Alguna que otra vez compartí a Mohammed con Juan Carlos, y noté que yo también le gustaba al español, por macho que se hiciera. Tenía que haberme dejado tocar, acariciar, besar por él; de ese modo, Mohammed se hubiera desengañado, hubiera vuelto a sentir celos por mi causa, y hubiera esperado con impaciencia la partida de los dos turistas para volver conmigo con más ganas que nunca. Pero no fui capaz de dejarme hacer todas esas cosas, tan propias de una mujer. En particular, el español quería jugar con mis tetillas; y lo cierto es que las tengo muy sensibles, y por eso mismo no podía dejármelas pellizcar: hubiera caído en el vicio como una prostituta, sin poder resistirme. Nunca he querido hacerlo, y me alegro. Soy un hombre, y tengo mujer e hijos. Si hubiera cedido a la tentación, ahora no lo sería, ni estaría casado, ni tendría hijos que me consuelen en la vejez.

Pero los celos me recomían por mis adentros. Y el último día, en Marrakech (estábamos en un hotel al que nos habían llevado los españoles), Paco se ligó al ascensorista, que era un negro mucho más negro que yo, enorme y horroroso, y se empeñó en emplear su tremenda verga como utilizaba la de su amigo Juan Carlos o la mía: metiéndosela dentro. Y lo consiguió. Y, entonces, no sé qué me pasó, si fue por los celos de haber visto a Mohammed tantas veces con el espolón de Juan Carlos metido en aquel agujero que antes era solamente para mí, o porque descubrí el deseo en la mirada de mi amigo, o porque me sentó mal el porro que acababa de fumarme, pero cogí a Mohammed y lo clavé a la fuerza en aquel monstruoso falo que acababa de utilizar Paco. Mohammed se desmayó, yo pensé que lo había matado y por poco me muero yo del susto, pero al final no pasó nada grave. Paco y Mohammed tuvieron que quedarse descansando en el hotel mientras Juan Carlos y yo salimos a ver la ciudad. Pero algo como un remordimiento interno me ahogaba por dentro. Y, como si hubiese tomado las riendas de mi alma un espíritu distinto que el mío, obligué a Juan Carlos a castigarme, cosa que hizo con sumo gusto; creo que yo no le caía bien y aprovechó la ocasión de hacerme daño impunemente. No diré aquí en qué consistió el castigo, no merece la pena; pero fue muy duro. Me pegó con ganas, y yo me dejé, porque necesitaba recibir aquella tortura. Y, a la postre, sentirme castigado me alivió una barbaridad.

Al volver al pueblo, nos detuvo en la carretera un grupo de policías. El que llevaba la voz cantante me humilló profundamente; de no haber estado armado con una metralleta, le hubiera matado allí mismo a golpes, asqueroso bastardo envidioso. Y racista. Le enseñé el carnet de la Academia de Aviación, y no le gustó que un negro estuviera estudiando allá. Lo cierto es que dos años más tarde iba a salir yo de la academia con más categoría militar que la que pudiera tener él en toda su vida, y eso, y el ser yo negro, le descompuso. Siempre he soñado en volver a encontrarme con

aquel individuo, para ponerle firme y devolverle sus insultos. Pero ya me he olvidado hasta de su cara...

Cuando se fueron los españoles y las cosas volvieron a ser como antes, me di cuenta de que lo mío con Mohammed no podía continuar; nos habíamos hecho mayores. Dentro de un año estaría ya ganando un sueldo como subteniente de aviación; me pensé bien todas esas cosas, y entonces me decidí. Dije a mis padres que pidieran la mano de la que ahora es mi mujer. Nunca me he arrepentido de mi decisión. Me ha dado cuatro hijos y tres hijas, todos de piel clara, lo que les ahorrará muchos disgustos en la vida.

Al final del verano, volví a la academia militar. Pero Mohammed decidió no esperarme hasta el verano siguiente. Se debió enterar de mi compromiso matrimonial, y no le debió sentar bien. No sé cómo se las arregló, pero consiguió ir a España, con aquellos amigos que había hecho gracias a mí. Y allí se quedó. Ahora tiene hasta la nacionalidad, y cuando le veo, una vez al año, por vacaciones, me parece cada vez más europeo. Se conserva muy joven, debe hacer muchos esfuerzos y mucha gimnasia para conseguirlo. Pero su mundo ya no es el mío.

Nos queda el recuerdo. El esplendor en la hierba, como se titulaba aquella vieja película americana que vi el otro día por televisión.

APÉNDICE AL CUARTETO (¡Y qué apéndice!)

Siempre ha sido igual. Desde pequeñito, mi madre me enseñaba, orgullosa, a sus vecinas, que quedaban admiradas y sólo sabían soltar risitas tímidas al ver lo que yo tenía en la entrepierna. Luego vinieron los jugueteos: todos mis amiguitos se empeñaban en tocármela, en divertirse con ella, en inventarse juegos a cuál más complicado. Hubo quién me la mordió, dejándomela magullada durante semanas. Más ocultas, comenzaron luego a acudir a mí mujeres y más mujeres. Fui tomando confianza en el poder de mi instrumento. La muerte de mis padres nos dejó a los ocho hermanos a merced de mis vecinos, en aquel barrio mugriento donde pasábamos más hambre que alegrías. Pasé de unos a otros como si fuera un juguete. Luego, el gerente del hotel me recogió y me hizo vestir de botones, con aquel pantalón que me apretaba tanto y se abultaba descaradamente en la entrepierna. Quince años satisfaciendo al gerente, al conserje, a su mujer, a los huéspedes, hombres y mujeres, que acudían al hotel. Estuve a punto de salir de miserias cuando aquella millonaria extravagante me quiso llevar a su palacio de Tánger; pero fue a darle un ataque al corazón precisamente cuando la tenía empalada en mi torreón. No lo he pasado peor en mi vida. Se la llevaron al hospital y, aunque se recuperó de aquello, a mí me olvidó. Y no fui capaz de usar de nuevo mi instrumento de trabajo durante mucho tiempo. Hasta mi mujer se quejaba de mi impotencia. Pero luego me rehice, y seguí cobrando propina tras propina. Ganaba más dinero que el gerente del hotel, pero dependía de él; nunca he sido muy espabilado, nadie me enseñó a leer y escribir, y no he tenido valor para buscarme una ocupación mejor que la de mozo de maletas. Tampoco trabajo demasiado, aunque dejarme sobar por el gerente dos o tres veces por semana ya es bastante trabajo, no me gusta nada.

Y tuvieron que venir aquellos españoles y sus amiguitos; no me costó mucho cepillarme al más mariquita de los extranjeros pero, luego, cuando el más fuerte de los putitos se empeñó en colgarme al otro del mástil... Era tan joven, tenía un cuerpecito tan delicado que me dio pena. Pero me habían pagado, yo tenía que hacer mi trabajo... Y, luego, ¡cómo entró! Me causó un placer tan inesperado que mi gran amiga, ya a vueltas de todo, y casi insensible, se despertó de pronto, y me desbordé dentro de aquel cuerpecito, de una manera... Vamos, que ni con mi mujer. Casi me enamoré de él en aquel instante. Luego le dije que volviera cuando quisiera, que se la volvería a meter muy a gusto. Pero el caso es que no volvió nunca, y de eso han pasado diez años. Quizá sea mejor así. Tengo esposa e hijos, y no me convienen las aventuras fuera del matrimonio.